

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 02

Edison conquista Marte

G.P. SERVISS

CIENCIA FICCIÓN DE 1898



Prólogo de Gabriel Benítez L.

Traducido, anotado y comentado
por Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

EDISON CONQUISTA MARTE

G.P. SERVISS

Ciencia ficción de 1898

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 02

Prologado por Gabriel Benítez L.

Traducido, anotado y comentado por Rubene Guirauta



EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

Título: Edison conquista Marte

Título original: *Edison's conquest of Mars*

Primera edición: 1898

Primera edición en español: diciembre de 2021

Esta edición: enero de 2024

Colección: Clásicos de la ciencia ficción 02

Prólogo: *Las otras guerras de los mundos*, de Gabriel Benítez L. ©

Ilustraciones: Varios autores

Traducción: Rubene Guirauta ©

Epílogo y otros textos: Rubene Guirauta ©

Imagen de portada: *Mars Schiaparelli Hemisphere* (USGS)

© Ediciones El Cilindro.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Una traducción literaria es una obra derivada y goza de los derechos de autor que otorga la Ley de Propiedad Intelectual.

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. LAS OTRAS GUERRAS DE LOS MUNDOS.....	5
EDISON CONQUISTA MARTE.....	35
CAPÍTULO UNO. «VAMOS A MARTE».....	37
CAPÍTULO DOS. EL DESINTEGRADOR.....	47
CAPÍTULO TRES. EL CONGRESO DE NACIONES.....	57
CAPÍTULO CUATRO. A LA CONQUISTA DE OTRO MUNDO.....	69
CAPÍTULO CINCO. LA HUELLA EN LA LUNA.....	77
CAPÍTULO SEIS. LOS MONSTRUOS DEL ASTEROIDE.....	93
CAPÍTULO SIETE. UN PLANETA DE ORO.....	103
CAPÍTULO OCHO. «¡VIENEN LOS MARCIANOS!».....	117
CAPÍTULO NUEVE. FIN DE VIAJE.....	129
CAPÍTULO DIEZ. LA GRAN BARRERA DE HUMO.....	141
CAPÍTULO ONCE. LA CHICA TERRESTRE.....	155
CAPÍTULO DOCE. RETIRADA A DEIMOS.....	165
CAPÍTULO TRECE. EN LA TIERRA HUBO GIGANTES.....	175
CAPÍTULO CATORCE. LAS COMPUERTAS DE MARTE.....	187
CAPÍTULO QUINCE. LA VENGANZA ES NUESTRA.....	197
CAPÍTULO DIECISÉIS. LA MUJER DE CERES.....	207
CAPÍTULO DIECISIETE. LOS TEMIBLES JURAMENTOS DEL CORONEL SMITH.....	217
CAPÍTULO DIECIOCHO. LA GRAN OVACIÓN.....	225
MAPA DE MARTE DE 1888.....	227
EPÍLOGO. EL OLVIDO NOS LLEVARÁ.....	231
SERVISS, HONESTO Y CON LEVITA.....	243
COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN.....	253

PRÓLOGO

LAS OTRAS GUERRAS DE LOS MUNDOS

por Gabriel Benítez L.

*Pero ¿quién mora en esos mundos, si están habitados?...
¿Somos nosotros o ellos los señores del mundo?...
Y ¿por qué todas las cosas tendrían que estar hechas para el hombre?*
Kepler

Despertó... y deseó Marte.
Philip K. Dick (*Podemos recordarlo todo por usted perfectamente*)

EL REGRESO DEL CAOS

«NADIE HUBIERA CREÍDO, EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XIX, QUE LOS asuntos humanos eran observados aguda y atentamente por inteligencias superiores a la del hombre y, sin embargo, tan mortales como la suya; que mientras los hombres se ocupaban de sus asuntos, eran estudiados y escuchados quizá tan a fondo como un hombre estudiaría en el microscopio a las pasajeras criaturas que se agitan y se multiplican en una gota de agua. Con infinita complacencia, la humanidad continuaba con sus labores en este mundo, serenos en la seguridad de su dominio sobre la materia [...]. Nadie pensó nunca que los mundos más antiguos en el espacio fueran un peligro para la humanidad». De esta manera da inicio una de las novelas más influyentes de la literatura popular, o de toda la literatura en general, advirtiéndonos sobre una posibilidad que a todos les había pasado alguna vez por la cabeza pero que nunca se había materializado como concepto sobre el papel: la existencia de criaturas extraterrestres y su perniciosa influencia en la vida humana.

No estamos hablando aquí del extraterrestre en su acepción mitológica, como criaturas, dioses o héroes que no pertenecen a este mundo, sino como la posibilidad tácita de otras inteligencias y civilizaciones que podrían habitar otros mundos de esta galaxia o del universo entero.

Wells dobla la apuesta cuando no solo nos muestra que si hay vida inteligente en otros planetas de nuestro propio sistema solar, sino que, además, son hostiles y terroríficos: los marcianos¹ han desarrollado una

¹ Todo parece indicar que en Marte no solo existe una sola especie de marcianos, sino que existen otras especies, —inteligentes o no—, que le sirven de alimento a los invasores: «Esas criaturas, a juzgar por los desecados restos que han caído en manos humanas, eran

tecnología de guerra diseñada para masacrar y conquistar. Su invisible rayo calorífico y su aterradora niebla negra que infesta y asfixia, no buscan inutilizar al enemigo, sino exterminarlo. Sus máquinas trípodes, gigantes coronados con tentáculos expandibles, están hechos no solo para caminar grandes distancias en poco tiempo, sino que además son cosechadoras de humanos, pues los marcianos, como vampiros, se alimentan de nuestra sangre —y no solo de la nuestra, como descubriremos más tarde, sino también de la de nuestros vecinos, los venusinos, quienes probablemente se estén enfrentando también a su propia invasión marciana—. Y aún faltaron nuevas máquinas aún más letales que apenas alcanzamos a advertir, que están siendo construidas en los fosos creados por los impactos de las naves marcianas, mientras las fuerzas de avanzada destruyen Inglaterra. Una de esas máquinas tiene la capacidad de volar y con seguridad se trata de la segunda línea de ataque que esta lista para invadir otros países del territorio europeo.

En *La guerra de los mundos* (*The war of the worlds*, 1898²), como otras muchas de sus novelas, Herbert George Wells, no busca solo postular una idea centrada en una especulación científica por el mero hecho de jugar con ella, sino que se trata de analogías que pretenden cuestionar el presente factual. Las posturas humanistas y socialistas de Wells encontraron en la literatura de imaginación un buen caldo de cultivo para la denuncia y la reflexión social. En el caso de *La guerra de los mundos*, la denuncia y la crítica era directa e inmisericorde hacia los afanes expansionistas y colonialistas británicos en otros países y territorios del orbe, hacia la explotación inmisericorde de los recursos naturales de estos países y, obviamente, de la violencia aplicada hacia sus gentes, como ocurría con su régimen colonial en la India o Raj británico, o la guerra de exterminio que se había realizado contra los aborígenes de Tasmania entre los años veinte y treinta del siglo XIX. Los avariciosos marcianos no eran otros que los mismos ingleses aplicando sus políticas de exterminio y aprovechamiento de recursos en otros lugares del orbe.

bípedas, con frágiles esqueletos silíceos (casi parecidos a los de las esponjas) y débil musculatura, de metro ochenta de alto, y con cabezas redondas y erectas y grandes ojos en órbitas pétreas. Al parecer trajeron dos o tres de ellas en cada cilindro, y todos estaban ya muertos antes de alcanzar la Tierra» (en el capítulo, *Lo que vimos desde la casa en ruinas*).

² La novela apareció antes como relato serializado en la revista *Pearson's Magazine*, en 1897 en el Reino Unido, pero en 1898 fue su edición en pasta dura.

Sin embargo, lo que hizo a esta novela famosa en todo el mundo, no fue la crítica social que Wells dirigía a su propia nación, sino la genial representación narrativa de un miedo ancestral: el temor hacia la otredad.

La otredad, aquello que nos es extraño y ajeno, aquello a lo que nos es difícil reaccionar porque nos es desconocido, porque no es como nosotros, porque no lo podemos prever. Aquello que no podemos entender, y del cual no podemos intuir sus intenciones. Es el caos irrumpiendo en nuestra vida cotidiana conformada por orden y previsión.

Sí, es un miedo que aterriza pero que también fascina.

Y la novela sabe transmitir todo ello espeluznantemente bien.

Básicamente, *La guerra de los mundos* inaugura un subgénero de la ciencia ficción que de ahí en adelante estará presente en esta literatura para siempre: las invasiones alienígenas o extraterrestres.

Aunque existen diferentes historias de invasión extraterrestre³ casi todas pasan por la misma estructura argumental que no por conocida deja de ser hipnotizante. Primero una pincelada a nuestra cotidianidad —que espera para mañana lo mismo que pasó hoy y lo mismo que pasó ayer—, para en el siguiente acto sorprendernos con la manifestación de un suceso extraordinario que nos causa temor o sorpresa, pero también cierta curiosidad reverencial, ¿qué son esos enormes cilindros que han caído en nuestros patios traseros, esos discos gigantes que flotan sobre nuestras ciudades? Lo ciclópeo, lo descomunal, es una pieza común en este tipo de historias, tal vez por su capacidad de hacernos sentir pequeños e indefensos, por su representación del poder.

Y entonces, el horror.

Trípodes gigantes que salen de la tierra para calcinar todo con su rayo de calor, ciudades devastadas por una sola explosión gigante, máquinas robóticas atacando a la población, criaturas monstruosas asaltando a lo que se mueva. Por unos días nadie sabe en realidad que está pasando, las comunicaciones se han muerto, los sobrevivientes y los mensajeros no se ponen de acuerdo en lo que ocurre en otros puntos del país, los periódicos publican noticias de oídas, mientras que los rumores crecen y se expanden creando terror en la población.

³ Podríamos mencionar, por ejemplo, la excelente novela *La invasión de los usurpadores de cuerpos* (*The body snatchers*, 1955), de Jack Finney o el relato *Los Xipehuz* (*Les Xipéhuz*, 1888) de J. -H. Rosny aîné.

EDISON CONQUISTA MARTE

GARRETT P. SERVISS



**EDISON'S
CONQUEST
OF
MARS**
BY
GARRETT P.
SERVISS.

CAPÍTULO UNO. «VAMOS A MARTE»

NO ES POSIBLE QUE LOS FORMIDABLES ACONTECIMIENTOS QUE SIGUIERON A la desastrosa invasión de la Tierra por parte los marcianos queden sin registrar. Habiendo puesto las circunstancias estos hechos a mi disposición considero un deber, tanto con la posteridad como con aquellos que fueron testigos y partícipes del contragolpe vengador que la Tierra asestó a su despiadado enemigo en los cielos, recopilar toda esta historia.

Los marcianos habían perecido casi todos, aunque no por nuestros insignificantes esfuerzos, sino como consecuencia de una enfermedad. Los pocos supervivientes huyeron en una de sus naves proyectil, infligiéndonos su más crudo golpe en el momento de la partida²⁷.

Poseían un misterioso explosivo, de inimaginable potencia, con cuya ayuda impulsaron su proyectil hacia Marte desde un punto del condado de Bergen, en Nueva Jersey, justo detrás de las Palisades²⁸.

La fuerza de la explosión puede imaginarse cuando se recuerda que tuvieron que imprimir al vehículo una velocidad de más de siete millas²⁹ por segundo para superar la atracción de la Tierra y la resistencia de la atmósfera. La onda expansiva destruyó todo lo que quedaba de Nueva York y los edificios que aún quedaban en pie en los pueblos y ciudades de los alrededores se desmoronaron sobre las ruinas que los rodeaban. Las Palisades se desplomaron también, creando una gran ola en el río Hudson que inundó la orilla opuesta. Las víctimas de esta feroz explosión se contaron

²⁷ En *La Guerra de los Mundos* o *Fighters from Mars*, de las que esta novela hace continuación informal, fue el ataque de virus o bacterias lo que derrotó a los invasores marcianos, cuando todo parecía perdido para el bando humano. Sin embargo, Serviss hace aquí que algunos de ellos sobrevivieran y escaparan.

²⁸ Palisades (*palisade* significa «empalizada») es una zona de Nueva Jersey en la orilla derecha del río Hudson. Está formada por marcados acantilados de basalto que separan la ciudad de Nueva Jersey del río Hudson. Tienen una altura de unos 120 a 130 metros. Son visibles desde muchas zonas de Manhattan, el Bronx y otras localidades en la orilla izquierda del Hudson.

²⁹ Toda la novela emplea el sistema métrico imperial, que se ha mantenido en esta edición. Una milla equivale a 1609 metros. (Así, la velocidad de siete millas por segundo que indica Serviss es aproximadamente la velocidad de escape de la Tierra: 11.19 km/s). Una milla se divide en 1760 yardas, aproximadamente 91.5 centímetros cada una. Una yarda se divide en tres pies, cada uno de 30.5 cm. Un pie se divide en doce pulgadas, de 2.5 cm cada una.

por decenas de miles. La onda, transmitida a través del manto rocoso del globo, fue registrada por sismógrafos en Inglaterra y en el continente europeo.

Los terribles resultados de la invasión marciana habían generado en todas partes un sentimiento mezcla de consternación y desesperanza. La devastación era general. Las máquinas de muerte que los marcianos habían traído consigo se habían mostrado irresistibles y los habitantes de la Tierra no poseían nada capaz de enfrentarlas. No había habido protección ni en las grandes ciudades ni siquiera en campo abierto. Todo se había desmoronado ante el salvaje ataque de aquellos despiadados invasores del espacio. Indescriptibles ruinas cubrían los emplazamientos de muchos pueblos y aldeas antes florecientes y los restos de las grandes ciudades miraban al cielo como los esqueletos exhumados en Pompeya³⁰. Sus acciones llegaron a eliminar pastos y praderas y a secar la propia fuente de fertilidad de la Tierra. En algunas partes de las tierras devastadas se desató la peste, en otras hubo hambre. El desaliento, negro como la noche, se cernía sobre las partes más bellas del mundo.

Sin embargo, no todo había sido destruido, porque no todo había sido alcanzado por las manos destructoras del invasor. Los marcianos no habían tenido tiempo de completar su trabajo antes de caer presa de las enfermedades que los aniquilaron en la culminación de su triunfo.

Desde las afortunadas regiones que habían escapado a la invasión se envió ayuda a los afectados. La explosión de piedad y caridad superó todo lo que el mundo había conocido. Las diferencias de raza y religión fueron sustituidas por la simpatía universal que se sintió por aquellos que habían sufrido tan terriblemente por un mal tan inesperado como inimaginable en su enormidad.

Pero lo peor aún no había llegado. Más terrible que el sufrimiento real y las escenas de muerte y devastación que se extendieron por las afligidas tierras fue la profunda depresión mental y moral que siguió. Ésta era compartida incluso por aquellos que no habían visto a los marcianos y no habían sido testigos de los efectos destructivos de las espantosas máquinas de guerra que habían traído para conquistar la Tierra. Toda la humanidad estaba hundida en esta desesperación universal, que se volvió diez veces más oscura cuando los astrónomos anunciaron que desde sus observatorios eran

³⁰ Pompeya estaba siendo excavada desde 1738 y en época de Serviss ya se conocía bastante bien la dimensión de la catástrofe. En el año 79 d.C. el Vesubio entró en erupción y arrasó las ciudades de Pompeya y Herculano, causando, según se estima, unos cinco mil muertos, todos los habitantes que no habían huido tras las primeras señales de erupción.

visibles extrañas luces, moviéndose y parpadeando sobre la roja superficie del Planeta de la Guerra³¹. Estas misteriosas apariciones sólo podían interpretarse, a la luz de la experiencia pasada, como que los marcianos se estaban preparando para otra invasión de la Tierra. ¿Y quién podía dudar de que, con los invencibles poderes de destrucción de que disponían, esta vez completarían su trabajo definitivamente?

Este sorprendente anuncio tuvo efectos lamentables, pues sirvió para inquietar y desanimar a los pocos que, por ser de corazón más robusto y temperamento más animoso, ya habían comenzado la labor de restauración y reconstrucción entre los desoladores escombros. En Nueva York se había manifestado especialmente este sentimiento de esperanza y confianza, esta determinación de levantarse contra el desastre y de borrar los signos de su presencia espantosa lo antes posible. Ya se había constituido una compañía y se había suscrito gran cantidad de capital para la reconstrucción de los puentes destruidos sobre el Río Este³². Los arquitectos trabajaban afanosamente en la planificación de nuevos hoteles y edificios de apartamentos de veinte plantas, así como en nuevas iglesias y catedrales a mayor escala que antes.

Fue en medio de esta agitación de vida en renovación cuando llegó esta fatal noticia de que Marte se preparaba, sin duda, para asestarnos un golpe mortal. Este impacto emocional se sintió como la sombra de un eclipse sobre la Tierra. Las escenas que siguieron fueron indescriptibles. Los hombres perdieron la razón. Los pusilánimes pusieron fin a la incertidumbre con su autodestrucción. Los fuertes permanecieron firmes, pero sin esperanza ni rumbo.

Pero había un rayo de esperanza del que el público en general aún no sabía nada. Se debía a unos cuantos intrépidos hombres de ciencia, entre los que destacaban lord Kelvin, el gran sabio inglés, Herr Roentgen, el descubridor de los famosos rayos X y, especialmente, Thomas A. Edison, el genio americano de la ciencia³³. Estos hombres y algunos otros habían

³¹ Marte, de acuerdo a la mitología romana, era el dios de la guerra.

³² *East River*, o Río Este, es el brazo de agua salada que separa Manhattan de Brooklyn y Queens.

³³ William Thomson, luego lord Kelvin (1824-1907) fue un físico y matemático británico que destacó en los campos de la termodinámica (ideó la escala de temperatura Kelvin) y en la electricidad. Wilhelm Conrad Roentgen (1845-1923) fue un ingeniero mecánico y físico alemán, descubridor de los rayos X y ganador del Nobel de Física de 1901. Thomas Alva Edison (1847-1931) fue un inventor, científico y empresario estadounidense, quien desarrolló el fonógrafo y la lámpara incandescente, entre otras muchas patentes.

examinado con el mayor cuidado las máquinas de guerra, los artefactos voladores y los generadores de aquellas misteriosas fuerzas destructivas. En general, todo lo que los marcianos habían producido, con el objeto de descubrir, si es que era posible, las fuentes de su poder.

De repente, desde el laboratorio del señor Edison en Orange³⁴ llegó la sorprendente noticia de que no sólo había descubierto la forma en que los invasores habían sido capaces de producir las poderosas energías que empleaban en forma tan terrible, sino que, además, había encontrado la manera de vencerlas.

La feliz noticia circuló rápidamente por todo el mundo civilizado. Por suerte, los marcianos no habían destruido los cables del Atlántico, de modo que la comunicación entre los continentes del este y del oeste no se había interrumpido. Fue un día de orgullo para América. Incluso mientras los marcianos aún estaban sobre el planeta, llevándose todo por delante, demostrando para desconcierto de los más optimistas que no había posibilidad de enfrentarlos, se había manifestado un sentimiento de confianza en Francia, en menor medida en Inglaterra y particularmente fuerte en Rusia, de que los americanos podrían descubrir medios para enfrentar y derrotar a los invasores.

Ahora, al parecer, estas altas expectativas se hacían realidad. Demasiado tarde, sí, en cierto sentido. Pero no demasiado tarde como para hacer frente a la nueva invasión que los astrónomos habían anunciado como inminente. El efecto fue tan maravilloso e indescriptible como el del desánimo que poco antes había invadido el mundo. Casi se pudo oír el suspiro universal de alivio que surgió de la humanidad. Al alivio le sucedió la confianza: así de rápido se recupera el espíritu humano, como un muelle cuando se libera la presión.

«¡Que vengan!», fue el grito casi alegre. «Ahora estaremos preparados para ellos. Los americanos han resuelto el problema. Edison ha puesto los medios de la victoria a nuestro alcance».

Echando la vista atrás, recuerdo ahora con emoción el orgullo que me produjo la idea de que, después de todo, los habitantes de la Tierra estuviéramos a la altura de aquellos terribles hombres de Marte, a pesar de toda la ventaja con la que partían gracias a sus millones de años de civilización y ciencia anteriores.

³⁴ Se refiere a West Orange, localidad de Nueva Jersey donde Edison tenía su laboratorio, vivió durante años y donde falleció. El laboratorio, aún hoy, puede visitarse.

Como las buenas y las malas noticias nunca vienen solas, la noticia del descubrimiento del señor Edison fue rápidamente seguida por otras buenas nuevas de ese laboratorio de maravillas situado en el regazo de las montañas Orange. Durante su frenesí de conquista, los marcianos habían asombrado a los habitantes de la Tierra tanto con sus máquinas voladoras, que surcaban nuestra atmósfera con la misma facilidad que la de su planeta natal, como con sus inventos más destructivos. Estas máquinas voladoras, por sí mismas, les habían dado una enorme ventaja en la contienda. Sobre la desolación que habían hecho reinar en la superficie del planeta, y, fuera del alcance de nuestras armas, se habían mantenido a salvo suspendidos en el aire. Desde las nubes habían dejado caer la muerte sobre la Tierra.

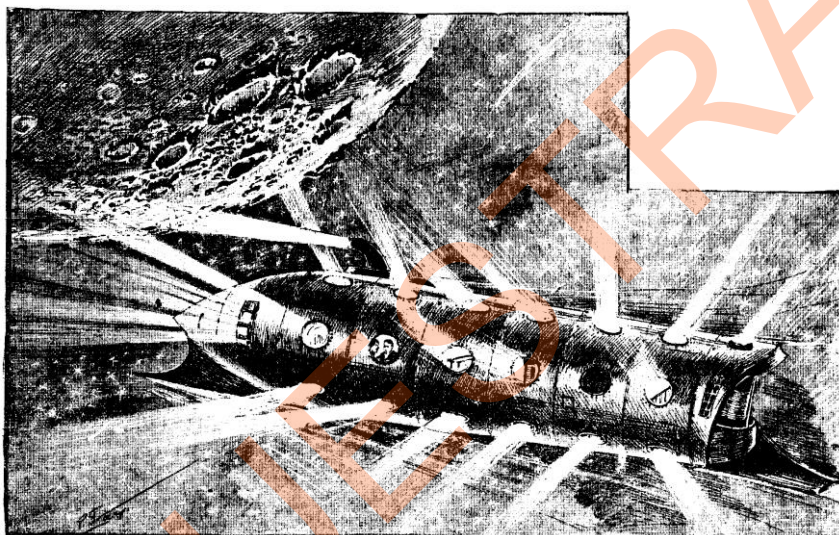
Ahora los rumores decían que el señor Edison había inventado y perfeccionado una máquina voladora mucho más completa y manejable que las de los marcianos. Rápidamente aparecieron en los periódicos historias maravillosas sobre lo que el señor Edison ya había logrado con la ayuda de su prototipo de nave eléctrica. Su laboratorio estaba cuidadosamente protegido contra los curiosos, porque él consideraba, con razón, que un anuncio prematuro, que prometiera más de lo que realmente podía cumplirse, hundiría de nuevo a la humanidad en el abismo de la desesperación, de la que apenas empezaba a salir.



Sin embargo, hubo algunas filtraciones. La máquina voladora había sido vista por muchas personas rondando por la noche en lo alto de las colinas de Orange y desapareciendo en la tenue luz de las estrellas, como si se hubiera ido a las profundidades del espacio, de donde volvería a salir antes de que la luz de la mañana despuntara al este, y se la viera asentarse de nuevo entre los muros que rodeaban el laboratorio del gran inventor. Al final se extendió el rumor, que poco a poco se fue convirtiendo en una convicción, de que el propio Edison, acompañado de algunos científicos amigos, había realizado un viaje experimental a la Luna. En una época en la que el espíritu de la humanidad estuviera menos conmovido, tal historia

habría sido recibida con total incredulidad. Pero ahora, en alas de la nueva esperanza que animaba a la Tierra, este extraordinario rumor se convirtió en un faro de verdad para las naciones.

Y era cierto. Yo mismo había sido uno de los ocupantes de la nave espacial en aquella noche en que abandonó silenciosamente la Tierra y, saliendo de la gran sombra del globo, se dirigió a toda velocidad hacia la Luna. Habíamos aterrizado en la cara cicatrizada y desolada de nuestro satélite. Si no fuera porque hay acontecimientos mayores y más interesantes, cuya narración no debe demorarse, me propondría describir los detalles de esta primera visita de los hombres a otro mundo.



Pero, como ya he mencionado, éste fue sólo un viaje experimental. Al visitar esta pequeña y cercana isla en el océano del espacio, el señor Edison deseaba simplemente probar la viabilidad de su invento y convencer, en primer lugar, a sí mismo y a sus amigos científicos, de que era posible que los hombres, los hombres mortales, abandonáramos la Tierra y volviéramos a ella a voluntad. Este viaje experimental alcanzó ese objetivo triunfalmente.

Entraría en detalles técnicos, que apenas interesarían al lector, si describiera el mecanismo de la máquina voladora del señor Edison. Baste decir que dependía del principio de atracción y repulsión eléctrica. Por medio de una construcción muy ingeniosa y complicada había dominado el problema de cómo producir, en un espacio limitado, electricidad de cualquier potencial deseado y de cualquier polaridad, sin peligro para el experimentador o para el material experimentado. Es la gravedad, como todo el

mundo sabe, la que hace al hombre prisionero de la Tierra. Si pudiera superar o neutralizar la gravedad podría flotar, como una criatura libre del espacio interestelar. El señor Edison, en su invento, había enfrentado a la electricidad con la gravedad. La naturaleza, de hecho, había hecho lo mismo mucho antes. Todos los astrónomos lo sabían, pero ninguno había sido capaz de imitar o reproducir este milagro natural. Cuando un cometa se acerca al Sol, la órbita en la que viaja muestra que se mueve bajo el impulso de la atracción gravitatoria solar. En realidad, está cayendo en una gran curva parabólica o elíptica a través del espacio. Pero, mientras ese cometa se acerca al Sol, comienza a mostrar, extendiéndose por millones, y a veces cientos de millones de millas hacia el lado opuesto al Sol, una inmensa estela luminosa llamado «cola». Esta estela se extiende hacia atrás por la parte del espacio en la que se mueve el cometa. De este modo el Sol, a la vez, atrae al cometa hacia sí y expulsa en dirección contraria a esas diminutas partículas o átomos que, en lugar de obedecer a la fuerza gravitatoria, se ven obligados a desobedecerla. Que esta energía, que el Sol ejerce contra su propia gravedad, es de naturaleza eléctrica, casi nadie lo dudará. La cabeza del cometa, siendo comparativamente pesada y masiva, cae hacia el Sol a pesar de la repulsión eléctrica. Pero los átomos que forman la cola, al no tener casi peso, ceden a la influencia eléctrica más que a la gravitatoria, y se alejan del Sol³⁵.

Ahora, lo que el señor Edison había hecho era, en efecto, crear una partícula electrificada que podría compararse con uno de los átomos que componen la cola de un cometa, aunque en realidad se tratase de una especie de vehículo, de metal, que pesaba algunos cientos de libras³⁶ y que era capaz de transportar algunos miles de libras en su vuelo. Al producir, con la ayuda del generador eléctrico que contenía este vehículo, una enorme carga de electricidad, el señor Edison podía contrarrestar, y un poco más que contrarrestar, la atracción de la Tierra, y así hacer que el vehículo saliera volando de la Tierra como la esfera de un electroscopio³⁷ ante un conductor.

³⁵ Hoy sabemos que no es así. La cola del cometa se forma y se extiende en dirección opuesta a la del Sol por la presión de la luz y del viento solar.

³⁶ Una libra equivale a 453 gramos. Se divide en 16 onzas, cada una de unos 28 gramos.

³⁷ Un «electroscopio de esfera» (*pith-ball electroscope*) sirve, o servía, para saber si un objeto tiene carga eléctrica. Del electroscopio pende una pequeña esfera de material muy ligero, cautiva por un hilo y cargada eléctricamente. Al acercarle el objeto, la esfera se acercará o se alejará según la carga de éste o, de ser neutro, se mantendrá inmóvil.

Mientras permanecíamos sentados en la cámara brillantemente iluminada que formaba el interior del vehículo, donde que se habían instalado tanques de aire comprimido junto con aparatos químicos, por medio de los cuales se podían obtener oxígeno y nitrógeno para nuestro consumo durante el vuelo a través del espacio, el señor Edison tocó un botón, provocando así la generación de la carga eléctrica necesaria en el exterior del vehículo. Inmediatamente, comenzamos a elevarnos. El impulso y la dirección de nuestro vuelo habían sido programados de tal manera que nos llevara directamente hacia la Luna.

Cuando caímos dentro de la esfera de atracción de nuestro satélite, sólo fue necesario manipular la carga eléctrica de nuestra nave de manera que casi, pero no del todo, contrarrestara el efecto de la atracción de la Luna, para que pudiéramos acercarnos gradualmente a ella y, con un movimiento suave, posarnos sin choque sobre su superficie.

No nos quedamos para examinar las maravillas de la Luna, aunque no pudimos dejar de observar muchas cosas curiosas en ella. Habiendo demostrado el hecho de que no sólo podíamos salir de la Tierra, sino que podíamos viajar a través del espacio y aterrizar con seguridad en la superficie de otro planeta, el principal objetivo del señor Edison se había cumplido. Nos apresuramos a volver a la Tierra, empleando para salir de la Luna y aterrizar de nuevo en nuestro planeta los mismos medios de control sobre la atracción y repulsión eléctrica entre los respectivos astros y nuestro vehículo que antes he descrito.

Cuando estos experimentos reales demostraron la viabilidad del invento, el señor Edison dejó de ocultar al mundo la noticia de lo que había logrado. Las líneas telegráficas y los cables oceánicos bulleron con los mensajes que, en interminable sucesión y cargados de infinidad de detalles, se enviaron por todo el mundo. En todas partes se despertó el máximo entusiasmo.

«¡Que vengan los marcianos!», se gritaba. «Si es necesario, podemos abandonar la Tierra, como los atenienses huyeron de Atenas ante el avance de Jerjes y, como ellos, refugiarnos en nuestras naves³⁸, estas nuevas naves del espacio, con las que la inventiva americana nos ha dotado».

Y entonces, como un relámpago, algún genio tuvo una idea que encendió al mundo.

³⁸ Se refiere al episodio de la Segunda Guerra Médica en la que los atenienses son evacuados a Salamina con ayuda de las embarcaciones de sus aliados. Atenas sería a continuación destruida por Jerjes I.

«¿Por qué hemos de esperar? ¿Por qué correr el riesgo de que nuestras ciudades sean destruidas y nuestras tierras asoladas por segunda vez? Vayamos a Marte. Tenemos los medios. Enfrentemos al león en su guarida. Convirtámonos nosotros mismos en conquistadores y tomemos posesión de ese detestable planeta. Y, si fuera preciso, destruyámoslo para librar a la Tierra de esta perpetua amenaza que ahora pende sobre nosotros como la espada de Damocles».



CAPITULO SEIS. LOS MONSTRUOS DEL ASTEROIDE

POCO DESPUÉS DE DEJAR LA LUNA TUVIMOS OTRA AVENTURA CON UN HABITANTE errante del espacio. Nos puso en un peligro mucho mayor que nuestro encuentro con el meteoro.

Las aeronaves habían sido divididas para que una parte del interior pudiera oscurecerse para servir como dormitorio. Ahí, de acuerdo con las instrucciones emitidas por el comandante del escuadrón, cada miembro de la expedición pasaría ocho de cada veinticuatro horas durmiendo, si podía. Y, si no, meditando relajadamente sobre las maravillas contempladas, que ya era algo mucho más increíble que las creaciones de un sueño.

Una mañana, si puedo llamar «mañana» a la hora de mi salida periódica de la habitación oscurecida, mirando desde una de las ventanas, me sorprendió ver en el cielo negro un cometa brillante. Ningún cometa periódico, que yo supiera, se acercaba en ese momento a la vecindad del Sol. Y ningún otro no periódico que se dirigiera a él había sido detectado desde los observatorios antes de que dejáramos la Tierra. Sin embargo, inconfundiblemente, un cometa se precipitaba hacia el Sol lanzando una gran cola reluciente tras de sí. Estaba tan cerca de nosotros que me asombró verlo permanecer casi inmóvil en el cielo. Esto tuvo pronto explicación. Y la explicación fue sumamente inquietante.

El extraño astro ya había sido percibido, no solo desde la nave insignia, sino desde el resto de los miembros de la escuadra. Supe después que se habían hecho esfuerzos para alejarse de sus inmediaciones. Pero por alguna razón nuestro impulso eléctrico no funcionaba como debía y que alguna fuerza misteriosa lo perturbaba. Así, se había juzgado imposible evitar un encuentro con el cometa, no un contacto real con él, más bien una caída en su esfera de influencia. De hecho, me informaron de que durante ya varias horas nuestra flota venía arrastrada en la estela del cometa, al igual que a veces los botes son remolcados por una ballena herida. Se habían hecho todos los esfuerzos posibles para ajustar la carga eléctrica de las naves, de modo que fueran repelidas por la masa del cometa. Pero, debido aparentemente a los cambios eléctricos que afectaban a los numerosos

cuerpos meteóricos que formaban la cabeza del cometa⁸¹, resultaba imposible escapar de su influencia. En cierto momento las naves eran repelidas, inmediatamente después eran atraídas de nuevo y, así, éramos arrastrados de un lado a otro, no pudiendo nunca romper el lazo invisible con el que el cometa nos había atrapado. Este último se movía con enorme velocidad hacia el Sol y, en consecuencia, estábamos siendo arrastrados de vuelta, lejos del objeto de nuestra expedición. Prisioneros involuntarios, veíamos una gran probabilidad de ser disipados en los vapores ardientes del horno solar cuando el cometa nos arrastrara lo suficiente.

Hasta el más sereno perdió el control de sí mismo en esta terrible emergencia. Se intentaron todo tipo de maniobras que la experiencia o la imaginación nos sugerían, pero nada sirvió. Seguimos avanzando envueltos en los átomos ionizados que componían la cola del cometa. Los miembros de la escuadra oscilábamos de un lado a otro, cambiando posiciones, como aves marinas siguiendo el curso de un buque de vapor envueltas en su penacho de humo.

¿Era esto el fin de todo, entonces? ¿Era éste el destino que la Providencia nos tenía reservado? ¿Perecerían así las esperanzas de la Tierra? ¿Naufragaría así la expedición, siendo su destino por siempre desconocido para el planeta del que había partido? Y nuestro amado planeta, que nos había parecido tan bello cuando lo miramos por última vez, y en cuya defensa habíamos decidido gastar nuestro último aliento, ¿quedaría indefenso y a merced de un implacable enemigo en su cielo? Al final nos dimos por perdidos. No parecía haber forma posible de liberarnos de las garras de este terrible e inesperado enemigo.

A medida que el cometa se acercaba al Sol, su energía eléctrica aumentaba rápidamente. Observándolo con telescopios, ya que en nuestra fascinación no podíamos apartar los ojos de él, podíamos contemplar con claridad las cosas temibles que ocurrían en su núcleo. Este consistía en un enorme número de meteoros separados, de no mucho tamaño individual, pero que estaban en constante movimiento entre ellos, lanzándose de un lado a otro, chocando y estrellándose entre sí, mientras se vertían fuentes

⁸¹ Desde mediados del siglo XIX la hipótesis dominante entre los astrónomos era que el núcleo de un cometa era un *flying sandbank* («duna voladora»), es decir, un enjambre de partículas pequeñas con poca o ninguna cohesión. Incluso a mediados del siglo XX, algunos astrónomos, como Raymond Lyttleton seguían respaldando esta hipótesis. Esta idea fue decayendo en favor del modelo de la «bola de nieve sucia» que ha dominado desde finales del siglo XX.



de partículas metálicas ardientes y de vapores minerales en todas direcciones. Mientras lo observaba, sin poder apartar los ojos, vi formas imaginarias que se revelaban entre los meteoros en llamas. Parecían criaturas agonizantes, agitando los brazos, lamentando el horrible destino que les había tocado. Me helaba la sangre esa pantomima de tortura que exhibían. Pensé en una vieja superstición que había oído a veces en la Tierra y exclamé:

—¡Sí!, ¡Sin duda esto es un infierno volador!⁸²

⁸² Serviss utiliza, como un juego de palabras, la expresión inglesa «flying hell», cuyo significado literal es «infierno volador» y cuyo significado figurado es el de una ocurrencia absolutamente descabellada o sorprendente. No existe una traducción al español que mantenga este doble sentido.

A medida que la actividad eléctrica del cometa aumentaba sus continuos cambios de potencial y polaridad se hacían más frecuentes y las naves se lanzaban de un lado a otro con mayor confusión que antes. De vez en cuando, una de ellas, presa de un súbito impulso, saltaba hacia el núcleo del cometa en un acceso de velocidad tal que arrojaba a sus tripulantes al suelo, yaciendo todos desparramados mientras se precipitaban, como parecía, hacia una inevitable e instantánea destrucción. Entonces, ya sea por los frenéticos esfuerzos del piloto que luchaba al timón o por otro cambio en la polaridad del cometa, la nave se salvaba al borde mismo de la ruina y se alejaba del peligro inmediato tambaleándose. De este modo, la escuadra capturada, balanceándose y lanzándose de un lado a otro, no podía alejarse lo suficiente del cometa como para romper el vínculo de su atracción fatal.

Tan grande era nuestra excitación y tan completa nuestra atención en el temible peligro, que no nos habíamos dado cuenta de la dirección exacta en que nos arrastraba el cometa. Nos bastaba con saber que la meta del viaje era la caldera del Sol. Pero pronto alguien en la nave insignia nos situó con mayor precisión en el espacio exclamando:

—¡Vaya! ¡Ahí está la Tierra!

Y allí, efectivamente, estaba. Su gran globo giraba bajo nuestros ojos, con los colores de los continentes contrastando con las nubes. El brillo acuoso de los océanos se extendía bajo nosotros.

—¡Vamos a estrellarnos! —exclamó alguien—. El cometa nos va a estrellar contra la Tierra.

Al principio, la colisión parecía inevitable, aunque pronto se observó que la dirección del movimiento del cometa era tal que, aunque pasaría rozando la Tierra, en realidad no la golpearía. Y así, como un enjambre de insectos gigantes en torno a una luz eléctrica, de cuya mágica influencia no pueden escapar, nuestras naves avanzaban. Algunas se estamparían contra el planeta al pasar y otras continuarían su rápido viaje hacia la destrucción.

—Gracias a Dios, esto nos salvará —gritó de repente el señor Edison.

—¿El qué? ¿el qué?

—Pues la Tierra, por supuesto. ¿No ve que cuando el cometa se acerque al gran planeta la atracción superior de éste nos arrancará de sus garras y que así podremos escapar?

Y efectivamente ocurrió como el señor Edison había predicho. Con un resplandor de meteoros que caían, el cometa barrió los límites exteriores de la atmósfera terrestre, pasando de largo. Mientras las naves arrastradas, habiendo recibido instrucciones por señales de lo que debían hacer,

aplicaron a plena potencia su maquinaria eléctrica para invertir la atracción y se lanzaron a los brazos de su madre Tierra.

En el instante siguiente, todos habíamos sido liberados. Penetrábamos en la atmósfera tranquila, con el océano Atlántico brillando bajo el sol de la mañana, mucho más abajo.

Nos miramos unos a otros con asombro. ¡Así que éste era el final de nuestro viaje! La culminación de nuestra empresa bélica. Habíamos partido para conquistar un mundo y habíamos regresado ignominiosamente arrasados en la estela de un cometa. La Tierra, que íbamos a defender y proteger, se había convertido en nuestra protectora. Extendiendo su fuerte brazo había librado a sus hijos insensatos de la destrucción. Sería imposible describir la desazón de los miembros de la expedición.

Las naves se reunieron rápidamente y se elevaron en el aire, mientras sus comandantes consultaban qué hacer. Un sentimiento universal de vergüenza casi les llevó a tomar la decisión de no aterrizar en la superficie del planeta y, si era posible, no dejar que sus habitantes supieran lo que había ocurrido. Pero ya era demasiado tarde. Mirando cuidadosamente debajo de nosotros, vimos que el destino nos había devuelto a nuestro punto de partida, y las señales que se mostraban desde Nueva York indicaban que ya habíamos sido reconocidos. Así que no nos quedaba otra que descender y explicar la situación.

No voy a alargar mi relato describiendo el asombro y la decepción de los habitantes de la Tierra cuando, una quincena después de nuestra partida, nos veían volver sin ningún laurel de victoria sobre nuestras frentes. Su esperanza era que volviéramos triunfantes y nos abrumaron con preguntas en cuanto la distancia lo hizo posible:

—¿Los habéis vapuleado?

—¿Cuántos hemos perdido?

—¿Aún queda peligro?

—¿Atrapasteis a alguno de esos hombres de Marte?

Pero su alegría y ligereza se convirtió en lamento cuando se les contó la verdad. Hicimos un relato breve, pues no teníamos ánimos para entrar en detalles. Hablamos de nuestros desafortunados camaradas, enterrados en la Luna. Hubo destellos de satisfacción cuando mostramos los maravillosos cristales que habíamos recogido en el cráter Aristarco.

El señor Edison decidió detenerse sólo el tiempo preciso para probar la maquinaria eléctrica de las naves, que se había estropeado, con cierta gravedad, durante nuestra alocada persecución del cometa. Luego intentaríamos volar directamente a Marte, esta vez en un viaje de ida y vuelta. Los

astrónomos, que habían estado observando con telescopio Marte desde nuestra partida, informaron que se seguían observando luces misteriosas, pero que nada indicaba el inicio de otra expedición hacia la Tierra.

En veinticuatro horas estábamos listos para nuestra segunda partida.

La Luna ya no estaba en posición para ayudarnos en nuestro camino. Se había separado de la alineación de Marte con la Tierra. Por encima de nosotros, en el centro del cielo, brillaba el planeta rojo, objetivo de nuestro viaje. Una vez repetidos los cálculos necesarios de velocidad y rumbo de vuelo, estando las naves preparadas, partimos directamente hacia Marte.

Una enorme carga eléctrica fue comunicada sobre cada miembro de la escuadra, para que tan pronto como hubiéramos alcanzado los límites superiores de la atmósfera, donde las naves podían moverse rápidamente sin peligro de ser consumidas por el calor desarrollado por la fricción con el aire, pudieran imprimir una gran velocidad inicial. Una vez desencadenado este tremendo impulso eléctrico, sin atmósfera que frenara nuestro movimiento, deberíamos ser capaces de mantener la misma velocidad, salvo encuentros fortuitos, hasta llegar cerca de la superficie de Marte.

Cuando estuvimos fuera de la atmósfera y las naves se alejaban de la Tierra con la mayor velocidad que pudimos impartirles, se hicieron observaciones de estrellas para determinar nuestra velocidad. Se encontró que ésta era de diez millas por segundo⁸³, o sea, 864 000 millas por día, una velocidad muy superior a la que habíamos llevado hacia la Luna. Suponiendo que esta velocidad permaneciera uniforme, y podía esperarse que así fuera, pues no había resistencia conocida, llegaríamos a Marte en poco menos de cuarenta y dos días, al ser la distancia del planeta a la Tierra, en ese momento, de unos treinta y seis millones de millas.

Durante muchos días no ocurrió nada que interrumpiera nuestro viaje. Nos habíamos acostumbrado a nuestro extraño entorno y disponíamos de muchos entretenimientos para pasar el tiempo. Los astrónomos de la expedición encontraron mucha ocupación en el estudio del aspecto de las estrellas y otros cuerpos celestes desde su nuevo punto de vista. Al cabo de unos treinta y cinco días nos habíamos acercado tanto a Marte que, con nuestros telescopios, que aunque pequeños eran de inmensa potencia, podíamos ya ver en su superficie rasgos y detalles que nadie podría distinguir

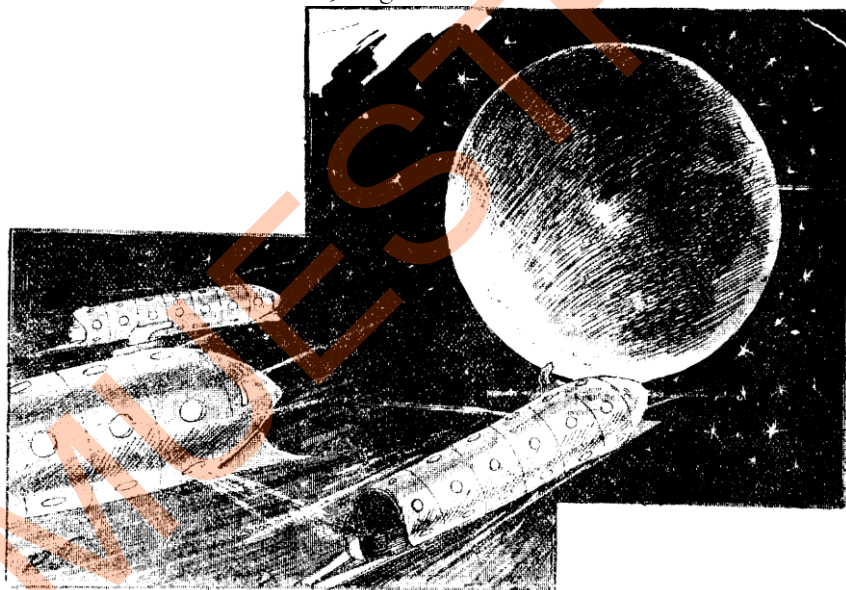
⁸³ Esta velocidad, de aproximadamente 16.09 km/s es similar a la que actualmente (2021) tiene la sonda Voyager 1, la que más rápidamente se aleja de la Tierra, a 17.06 km/s

desde la Tierra. A medida que la superficie de este mundo, al que nos acercábamos como un cazador de tigres se acerca a la jungla, se nos revelaba gradualmente, apenas había uno de nosotros dispuesto a dedicar al sueño o al ocio las ocho horas prescritas de permanencia en la habitación oscurecida. Estábamos demasiado ansiosos por ser testigos de cada revelación sobre Marte.

Pero nos aguardaba algo que no habíamos previsto: íbamos a conocer a los marcianos antes de llegar al mundo en que moraban.

Entre las estrellas que brillaban en ese cuadrante del cielo, en la que Marte destacaba como el astro principal, había una, situada directamente en nuestro camino que, para nuestro asombro, a medida que avanzábamos modificaba su aspecto. Dejó de ser una estrella, aumentó gradualmente su tamaño y pronto se nos presentó en forma de pequeño planeta.

—Es un asteroide —dijo alguien.



—Sí, evidentemente. Pero, ¿cómo es que penetra en la órbita de Marte?

—Oh, hay varios asteroides —dijo uno de los astrónomos— que transitan dentro de la órbita de Marte a lo largo de una parte de su órbita. Y, por lo que sabemos, puede haber muchos otros que aún no hayamos detectado desde la Tierra que estén más cerca del Sol que Marte⁸⁴.

⁸⁴ Se denominan MCA (*Mars Crossing Asteroids*) y en la actualidad se conocen más de cien mil de ellos.

—Este ha ser uno de ellos.

—Es evidente que sí.

A medida que nos acercábamos, el pequeño y misterioso planeta se reveló como un globo perfectamente formado de no más de cinco millas de diámetro.

—¿Qué es eso que hay sobre él? —preguntó lord Kelvin, mirando atentamente al pequeño mundo a través de su monóculo—. ¡Como que estoy vivo que se mueve!

—¡Sí, sí! —exclamaron otros— hay habitantes sobre él, ¡pero qué gigantes!

—¡Vaya monstruos!

—¿No lo ven? —exclamó un sabio emocionado—. ¡Son los marcianos!

Esa sobrecogedora verdad estalló en nuestras mentes. Aquí, en este pequeño planeta, había varios de los gigantescos habitantes del mundo que íbamos a atacar. Hubo más de un hombre en la nave insignia que los reconocía de primera mano. Se estremecían recordando instintivamente la reciente y terrible experiencia de la Tierra. ¿Sería éste un puesto avanzado del belicoso Marte?

Alrededor de estos enemigos monstruosos vimos varias de sus máquinas de guerra. Algunas de ellas parecían en mal estado, pero al menos una, por lo que pudimos ver, estaba todavía en condiciones de uso. ¿Cómo habían llegado hasta allí estas criaturas?

—Eso es bastante fácil de explicar —dije, pues apareció súbitamente un recuerdo en mi mente—. ¿No recuerdan el informe de los astrónomos, hace más de seis meses, al final de la conferencia de Washington, sobre que algo indicaba la salida de una nueva expedición de Marte? Desde entonces no hemos sabido nada de tal expedición. Sabemos que no llegó a la Tierra. Debió de caer en este asteroide, tropezar con esta roca en el océano del espacio y naufragar aquí.

—Ya son nuestros —gritó nuestro piloto, que había sido empleado en el laboratorio del señor Edison y tenía una confianza ilimitada en su jefe.

Las naves recibieron inmediatamente la orden de reducir la velocidad, operación que se vio favorablemente afectada por la repulsión eléctrica del asteroide. Cuanto más nos acercábamos, más aterradora era la apariencia de las gigantescas criaturas que cabalgaban sobre ese pequeño mundo frente a nosotros, como náufragos sobre un iceberg. Como hombres, pero no como hombres, combinaban apariencia de humano y de bestia. Se requerían nervios firmes para mirarlos. De no conocer su maldad habría sido

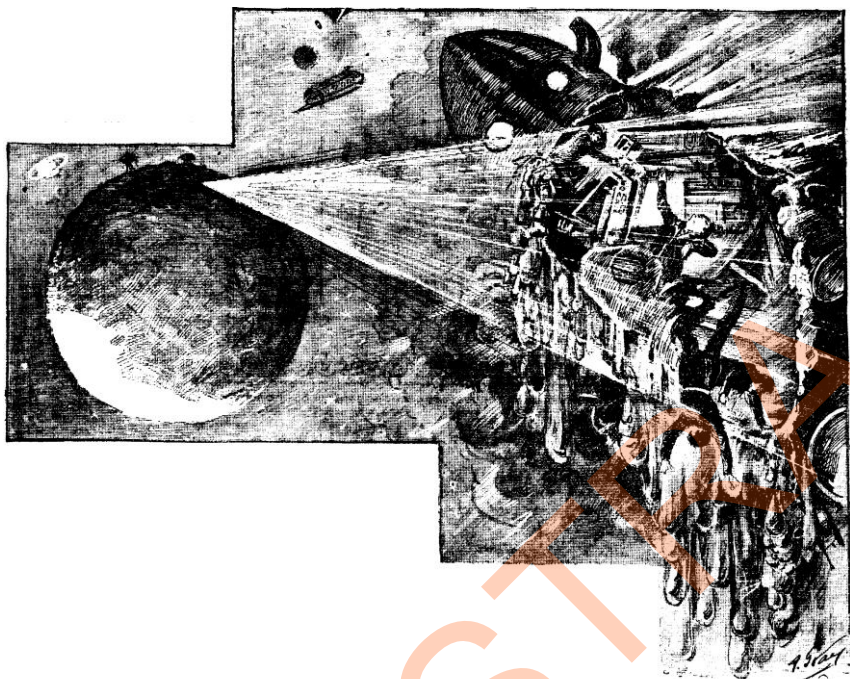


diferente, pero, a nuestros ojos, su carácter moral brillaba a través de su aspecto físico haciéndolos más terribles de lo que lo habrían sido en otras circunstancias.

Cuando los divisamos su aspecto era de lo más desamparado y su actitud transmitía desesperación y desánimo. Pero cuando nos vieron, su maligno intelecto penetró instantáneamente el misterio y nos reconocieron como lo que éramos. Su desesperación dio paso inmediato a una reavivada maldad. Al momento estaban efervescentes, con movimientos tan escalofriantes como los que despliega una serpiente venenosa preparándose para atacar.

Habíamos sido algo incautos al acercarnos, pero no imaginábamos que estuvieran en condiciones de oponernos una resistencia seria. De repente, se produjo un movimiento inesperadamente rápido entre los marcianos: un rápido ajuste de una de sus máquinas de guerra, la que parecía estar prácticamente intacta. Desde ella dispararon, sobre una de nuestras naves más adelantadas, un deslumbrante rayo de una milla de longitud. Ante su contacto los flancos metálicos de la nave se arrugaron y, lamidos por llamas centelleantes, se convirtieron en ceniza.

Durante un instante no pronunciamos palabra. Así de repentino e inesperado fue el golpe. Sabíamos que todas las almas de la nave habían perecido.



«¡Atrás! ¡Atrás!», fue la señal que instantáneamente se lanzó desde la nave insignia. Y los miembros de la escuadra nos alejamos del pequeño planeta. Pero antes de estar fuera de alcance, una segunda lengua mortal salió disparada de tan temible máquina. Y otra de nuestras naves, con toda su tripulación, fue destruida. Este comienzo no auguraba nada bueno para nosotros. Dos de nuestras naves, con toda su tripulación, habían sido borradas de la existencia. Y este espantoso golpe había sido asestado por unos pocos enemigos varados e incapacitados que flotaban en un asteroide. ¿Qué esperanza tendríamos cuando nos encontráramos con los millones de Marte, en su propio terreno y preparados para la guerra?

Sin embargo, el desánimo no había de cundir. Habíamos sido incautos. Debíamos tener mucho cuidado de no volver a cometer el mismo error. La primera tarea sería vengar la muerte de nuestros compañeros. La cuestión de si podríamos enfrentarnos a esos marcianos y vencerlos se resolvería aquí y ahora. Habían demostrado lo que podían hacer, incluso incapacitados y en desventaja. Ahora nos tocaba a nosotros.

MAPA DE MARTE DE 1888

EN LA LLAMADA «GRAN OPOSICIÓN DE 1877», DURANTE UNAS SEMANAS Marte se situó a unos 55 millones de kilómetros de la Tierra, prácticamente la mínima distancia a la que pueden encontrarse ambos cuerpos. Fue una ocasión de oro para observarlo desde la Tierra. Sin ir más lejos, el astrónomo estadounidense Asaph Hall (1829-1907) descubrió en agosto de ese año los dos pequeños satélites Fobos y Deimos. El astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli (1835-1910) también observó Marte en 1877 y comenzó a elaborar un mapa, labor que completó con otras observaciones hasta 1886, publicándolo en 1888. Su mapa fue en su época la mejor descripción de la geografía de Marte.

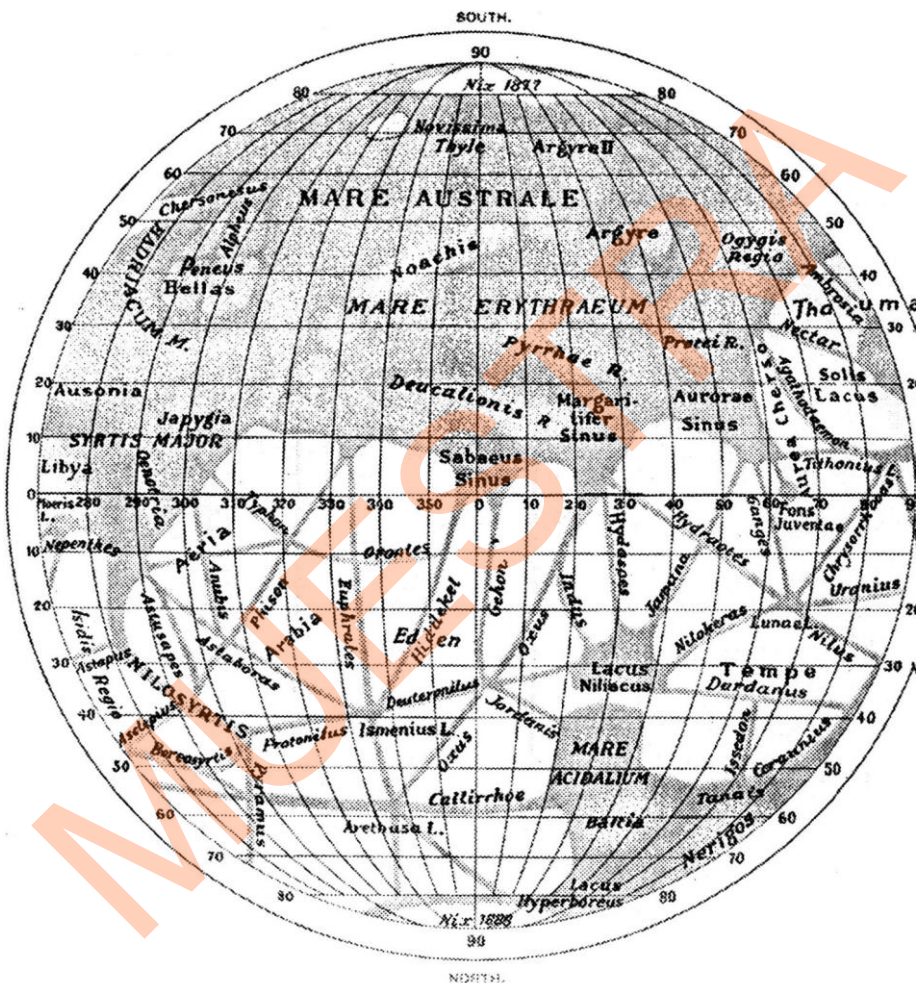
Entre otros elementos señaló lo que llamó *canali*, concepto que rápidamente cautivó la imaginación de otros astrónomos, sobre todo del estadounidense Percival Lowell (1855-1916), quien creyó ver en ellos infraestructuras de una civilización avanzada, y profundizó en la observación de Marte con esa premisa. Con las décadas se empezó a sospechar que los canales podrían ser ilusiones ópticas, hecho que quedó completamente asentado con la llegada de las primeras sondas en la década de los sesenta del siglo XX. No hay tales canales artificiales, aunque sí hay muchas evidencias de antiguos ríos, algunos de ellos gigantescos, antiguos lagos y antiguos mares.

Al cabo, gran parte de los rasgos indicados por Schiaparelli se corresponden, más que con rasgos orográficos concretos, con «características de albedo», que no son más que zonas con algo más o menos de brillo que sus vecinas, a menudo sin implicaciones orográficas. Aun así, gran parte de los topónimos empleados entonces se han mantenido, aunque sea para nombrar elementos diferentes a lo que se señalaron en su tiempo.

En todo caso, sin duda, Serviss usó el mapa de Schiaparelli para describir la orografía marciana. Se puede seguir el periplo de la flota de Edison alrededor del planeta viendo este mapa.

Ha circulado con, al menos, dos proyecciones. Una en planisferio y otra en «mapamundi» (dos hemisferios, cada uno circular), que en este caso habría de llamarse «mapamarti». Por comodidad, para poder presentarlo mejor en dos páginas uso la segunda versión. Ojo, el sur está arriba, no abajo (por tanto, el este a la izquierda, no a la derecha), tal y como se veía a través de un telescopio de la época.

MAPA DE MARTE DE 1888



MAPA DE MARTE DE 1888



EPÍLOGO

EL OLVIDO NOS LLEVARÁ

por Rubene Guirauta

LA MUERTE ARRAMBLA CON TODO Y NOS DILUYE HASTA HACERNOS DESAPARECER, tanto da quién o cuánto hayamos sido. Lo prueba que Garrett P. Serviss sea un autor tan olvidado. Serviss, entre cuyos escritos se encuentran las primeras novelas de ciencia ficción de la historia de la literatura, género al que añadió temas imperecederos, quien inventó y abanderó por décadas la divulgación científica moderna.

¿Conciben que dentro de veinte o treinta años ya apenas recordemos a Carl Sagan (1934-1996)? Ocurrirá, sin ninguna duda, porque a G.P. Serviss (1851-1929) le ha ocurrido. Serviss escribió el *Cosmos* y el *Contacto* de su época. Fue muy reconocido como escritor, divulgador y, también, como astrónomo y periodista. Sin embargo, es un autor casi olvidado en los países de habla inglesa y olvidado del todo en los países de habla hispana. Tanto que no fue traducido al español por primera vez hasta hace nada (*El metal de la Luna*, KDP, 2021), exceptuando una rara edición de 1914 de una novela sobre aviación.

Esta novela que aquí les he presentado, *Edison conquista Marte*, fue la primera obra de ficción que publicó Serviss. Antes había publicado varias obras de divulgación científica y cientos de columnas en diversos periódicos sobre astronomía en particular y ciencia en general. *Edison conquista Marte* apareció en 1898, al estilo de la época, que era por entregas, en un periódico bastante efímero, *The New York Evening Journal*. Era la forma más habitual de publicar y los folletinistas de los periódicos de gran tirada eran a menudo escritores de prestigio. De hecho, la siguiente novela que publicó este diario, a continuación de la de Serviss, fue una del célebre novelista francés Emile Zola.

Como nos ha contado Gabriel Benítez en el prólogo de esta edición, tras el fulgurante éxito de *La guerra de los mundos*, de H.G. Wells, publicada en 1897 también en formato serializado en la revista *The Cosmopolitan*, le surgieron rápidamente plagiadores, imitadores y *wannabes*. Al parecer, nuestro buen Serviss recibió el encargo de montarse en esa ola marciana, de la que el público estaba ávido. Por fortuna, prefirió apostar por la originalidad y, en lugar de perpetrar otro plagio, decidió componer la secuela natural. La idea que anima toda la novela es una reflexión muy lógica: tras la frustrada (por los pelos) invasión marciana, ¿no obrarían los humanos con sabiduría atacando Marte previniendo así futuras invasiones?

Para ambientar la historia decidió usar como protagonista a un archihéroe habitual entonces: el inventor Thomas Edison (1847-1931). Edison era protagonista, explícito o no, de pequeñas historias, ahora llamadas «Edisonadas», en las que encarnaba a un joven inventor que salía victorioso de diversas situaciones. Al parecer, Serviss le pidió permiso a Edison para usarlo como protagonista y se lo concedió. Podríamos decir, yendo a personajes populares de hoy, que Edison era el Chuck Norris o el MacGyver de su época. Cierto que hoy resultaría bastante bizarro usar a Chuck Norris como protagonista de una novela con pretensiones serias, pero usar a Edison en el siglo XIX más se parecería, tal vez, a inspirarse hoy en Elon Musk o en Stephen Hawking para un papel protagonista.

Serviss, sin duda, hubo de producir su material con gran rapidez, pues el serial de *La Guerra de los Mundos* terminó en diciembre de 1897 y ya en enero de 1898 comenzaba Edison conquista Marte. Me lo imagino francamente hostigado por el editor, que le exigiría una dosis de cuartillas cada día. Esto quizá resintió su estilo literario, telegráfico y a ratos atropellado, pero tantas prisas no afectaron en absoluto al torrente de ideas que llevaba dentro y que vertió en esta novela. Dudo de que haya una obra única en la historia de la literatura de ciencia ficción que incorpore más conceptos inéditos, hoy convertidos en clásicos del género, como ésta. En nuestro siglo XXI se escribirían tres trilogías con cada una de estas ideas. Y estas ideas que se administrarían al lector con cuentagotas, por episodios, con giros inauditos y atosigándolo con *cliff-hangings*, todo para no malgastar la supuesta brillantez del guionista. Pero, al contrario, Serviss nos ametralla con ellas, dispensándolas con generosidad, sin darse mucha importancia, convencido de que las buenas ideas nunca se le gastarían. Son, al menos, siete los conceptos rompedores, auténticos bombazos en su tiempo. En orden de aparición en la novela:

Uno, los rayos desintegradores, montados en nave o en pistola.

Dos, los trajes espaciales y el paseo espacial.

Tres, los combates de naves espaciales.

Cuatro, la minería de asteroides.

Cinco, la comida «comprimida»

Seis, la teoría de los astronautas de la Antigüedad.

Siete, las abducciones por extraterrestres.

Luego regresaré sobre cada uno de ellos.

Aunque se suele decir que *Edison conquista Marte* es la continuación apócrifa de *La Guerra de los Mundos*, de H.G. Wells, esto no es del todo preciso, como nos señala Gabriel Benítez en el prólogo. Lo cierto es que

la excelente novela del inglés, que se publicó en Estados Unidos por entregas en la revista *The Cosmopolitan* en 1897, despertó el interés de al menos dos periódicos americanos, que rápidamente crearon *Fighters from Mars*, su propia adaptación de la novela de Wells, en las que la acción discurría en Boston o Nueva York, en lugar de en Londres. Estas recreaciones, además de usar escenarios familiares para sus lectores, aceleraban el ritmo narrativo y simplificaban algo la obra original. Aunque en aquella época ya se comenzaba a considerar el derecho de autor, especialmente tras el Acuerdo de Berna de 1886, Estados Unidos no era aún uno de sus signatarios y aplicaba su propia legislación, al parecer algo confusa. Cuando Serviss recibió el encargo de *The New York Evening Journal* de continuar con la historia, aunque sin duda habría leído la original de Wells, pues él mismo publicaba en *The Cosmopolitan*, al parecer tuvo más en mente *Fighters from Mars* que propiamente *La Guerra de los Mundos*. Fuera como fuese, la última entrega de *La Guerra de los Mundos* termina en diciembre de 1897, *Fighters from Mars* termina el 11 de enero de 1898 y al día siguiente, 12 de enero, comienza la publicación de *Edison conquista Marte*. Así, parece que Serviss, en realidad, no tuvo demasiado tiempo para «copiar» y es posible que tuviera compuesto el grueso de *Edison conquista Marte* antes de que finalizara *La Guerra de los Mundos* y antes, por tanto, de conocer el gran giro que da esa historia al final, cuando una epidemia afecta a los marcianos salvando Inglaterra por los pelos. En mi opinión, Serviss tan sólo aprehende y utiliza las ideas fundamentales que habían enamorado al lector de *La Guerra de los Mundos* o de *Fighters from Mars*, que son simples: los marcianos existen, son belicosos, tienen tecnología como para atacarnos y lo han hecho una vez... ¿volverán a intentarlo? Y con esos mimbres, y solo vagos ecos de sus predecesoras, que más me da la sensación de que le estorban, Serviss construye una historia completamente nueva.

De hecho, retuerce un poco *La Guerra de los Mundos* y *Fighters from Mars* para que encajen con lo que nos quiere contar. Hace que la invasión, que en principio tan sólo habían afectado respectivamente a Londres, Nueva York o Boston, tenga alcance mundial, pues le apetece tratar su enfoque bienintencionado, muy naif, del internacionalismo (vive en el siglo de las utopías y de los falansterios). Hace que los marcianos tengan un marcado antropomorfismo, en mi opinión porque le apetece tratar, aunque sólo sea de pasada, el tema de la nefrología, muy en boga entonces, algo que seguramente le despertaba curiosidad. Hace que un grupo de marcianos sobreviva a la plaga que los diezma, consiguiendo regresar, y dando así aviso. Y hace, por último, que la explosión que impulsa a esos marcianos de vuelta

a Marte termine de devastar Nueva York, su ciudad, inaugurando así la secular tradición de la ciencia ficción norteamericana de destruir Nueva York.

Su estilo literario, sin duda, se vio resentido por la prisa que los editores debieron imprimirle para elaborar la historia, así como por el propio medio periodístico y el tipo de lector, que más invitaba a comunicarse mediante frases telegráficas que con largos párrafos descriptivos. Además, aunque Serviss vive ya profesionalmente de la escritura, este su primer trabajo de ficción y se nota que aún le falta profesión. Con los años su estilo literario irá mejorando y definiéndose, alcanzando su culmen en *El Segundo Diluvio*, donde de verdad saca partido al inglés, que tan bien domina. En *Edison conquista Marte* la narración no acaba de fluir, le falta cadencia y la acción no está bien lograda. Sin embargo, acaso consciente de ello, como para compensarlo, decide tirar la casa por la ventana en cuanto al empleo de ideas de verdad nuevas. Parece que vuelca en esta historia todos los recursos que lleva guardando morosamente desde hace años. Sostengo que esta es la obra individual que más innovaciones incorpora al mundo de la ciencia ficción, como luego voy a ir desgranando.

Usar a Thomas Alva Edison como protagonista de la novela (de quien, se dice, obtuvo permiso expreso) era dar una vuelta de tuerca adicional y enganchar un poco más al público. Realmente Edison tan solo actúa como uno de esos personajes excéntricos de Verne, geniales y determinados, pero con un deje despistado para lo ajeno a su obsesión, como un profesor Lidenbrock o un Capitán Hatteras. El autor bien podría haber creado un personaje héroe para la ocasión, como haría más tarde con Andrew Hall en *El metal de la Luna* o con su Cosmo Versál de *El Segundo Diluvio*, pero prefiere usar a un referente conocido de sus lectores en lugar de gastar cuartillas presentando a uno nuevo. Me parece un recurso interesante.

En esta novela, ya en los capítulos dos y tres, Serviss inventa la Asamblea de las Naciones Unidas. No creo que sea un concepto totalmente nuevo, y por eso no lo he incluido en la lista de «siete ideas rompedoras de esta novela» que desgrano más abajo. Ese cosmopolitismo ya se había dado en la literatura antes, sobre todo a raíz de las influencias marxistas del internacionalismo (la Primera Internacional data de 1864), así que tal vez no fuera estrictamente novedoso. En todo caso la configuración del «Congreso de Naciones» que presenta Serviss, donde todos los estados están representados (desde el entonces inmenso Imperio Británico hasta Andorra, pasando por las Islas Fiyi) es algo completamente innovador y sorprendentemente parecido a la configuración actual de la ONU, donde si bien

llevan la batuta unos pocos estados, todos, hasta Nauru o Yibuti, tienen un espacio asignado en el foro. En la década de 1890 Estados Unidos y Europa viven un periodo de relativa paz, todavía tratando de curarse de las devastaciones físicas y emocionales, respectivamente, de la Guerra de Secesión y de la Guerra Franco-Prusiana, conflictos ambos que redefinieron el «quién es quién» en Norteamérica y Europa Occidental. La novela está cargada de esperanza en la unión de los pueblos y en el fin de las guerras. El enfoque de Serviss es dulcemente ingenuo, naíf, casi tierno, francamente «buenista». ¿Se imaginan al emperador de China bailando de alegría? ¿Al káiser compitiendo con el Reino Unido por quién da más dinero para buenas causas? ¿Al emperador japonés desfilando por Washington? Si lo imaginan, tal vez ustedes también sean dulcemente naíf.

Su internacionalismo llega más allá y nos deja caer ideas poderosas. Nos habla de la lengua universal volapük, que fue un intento de lengua racional construida *ex profeso* previo al esperanto; arma una flota con tripulación internacional, que sufre derrotas y celebra victorias conjuntamente, una flota que disfruta de un desfile triunfal por todo el globo; nos muestra el planeta desde el espacio, haciéndonos conscientes de su fragilidad, pequeñez y del sinsentido de las fronteras, un precedente del colosal esfuerzo de Carl Sagan de transmitir ese mismo concepto; nos muestra un Marte unificado políticamente, lo que sería consecuencia lógica de su larga evolución y abultada inteligencia.

Curiosamente, este «buenismo» no nos libra a los humanos de cometer un genocidio en la novela, ahogando a millones de marcianos inocentes y destruyendo una civilización inteligente y avanzada, fruto de millones de años de evolución. Interesante dicotomía la que nos presenta Serviss. Seguramente, en lo relativo a exterminios en la literatura, quizá no se encuentre una matazón semejante hasta la publicación en 1910 de *La invasión sin paralelo*, de Jack London (1876-1916), relato ambientado en un hipotético futuro en que se asesina sistemáticamente a toda la población de China, sin dejar ni a uno.

Además de las peculiaridades mencionadas hasta ahora, como decía, Serviss incluye al menos siete conceptos que luego se han convertido en tópicos de la ciencia ficción, de la cultura popular e, incluso, de la ciencia aplicada. Son a las que he llamado antes «ideas rompedoras». A mí me asombra la forma en que Serviss presenta y trata estas ideas, sin darse ninguna importancia. Tengo la sensación de que lleva ya años rumiándolas, dándoles vueltas, sopesando si escribir una novela con alguna de ellas. Y, de pronto, («¡por fin! ¡qué ganas tenía!», me lo imagino diciéndose), se

encuentra escribiendo un texto en donde puede soltarlas todas, aunque sea un poco al tun tun.

Primero, los rayos desintegradores, tanto montados en nave espacial como en pistola. Es la primera referencia en la literatura a ello, y no lo digo yo, sino que es señalado unánimemente por los estudiosos de la ciencia ficción. Ni que decir tiene que luego, o bien basados en láser o bien en cualquier otra tecnología real o imaginaria, se han convertido en un accesorio esencial en las historias de ciencia ficción, sobre todo, pero no exclusivamente, en el *space opera*. Es tanta la cantidad de obras, escritas o audiovisuales, que han empleado los rayos desintegradores que parece que hayan estado desde siempre ahí. Pero no lo estaban.

Segundo, los trajes espaciales. Serviss los nombra como *air-tight suit* o *air-tight dress*, lo que he traducido como «traje presurizado». Es, también comprobado con otros autores, la primera mención en la literatura y, quizá, la primera vez que se conceptualiza algo así, incluyendo en ello a los textos técnicos, patentes o inventos diversos. No es fácil en el siglo XIX, salvo con un bagaje científico importante y una cabeza bien amueblada, ser consciente y entender el concepto de «vacío» y todas sus implicaciones, algo muy alejado de nuestro día a día. Hoy es sencillo, está en el imaginario colectivo; todos recordamos los ojos saliéndose de las órbitas de *Desaffio Total*. Y si ser consciente de esa dificultad ya era complicado, no hablemos ya de concebir algo que la resolviese. Además de esto, Serviss describe un paseo espacial y cómo, con pequeños dispositivos inventados también por Edison, este paseo espacial puede ser autónomo. Para permitir la salida al exterior hay una doble escotilla, por supuesto también la primera mención a algo así. Desde luego, todos estos conceptos los ha acabado popularizando no la ciencia ficción, sino la realidad de la carrera espacial... sesenta años tras Serviss. Aunque el aspecto de los trajes espaciales en las ilustraciones (que ni hizo ni probablemente tampoco supervisó Serviss) más se parece a un traje de buceo, esto no le quita ni un ápice de mérito.

Tercero, los combates de naves espaciales. Al aproximarse al asteroide, entablan una batalla con los marcianos, que luego continúa contra una nueva nave que acude desde Marte. Si en la literatura, hasta ese momento, escaseaba el uso de naves espaciales (tan solo Verne, J.J. Astor, Bergerac, Percy Gregg, Wells, Tsiolkovsky... quizá alguno más), el enfrentamiento entre dos o más de ellas nunca había sido planteado. Y esto es muy natural, porque pensemos en el derroche de imaginación y el salto intelectual enorme que implica: dotar a las naves de autonomía, de manio-

brabilidad, de armas adecuadas, pilotarlas con especialistas y crear un motivo de conflicto interestelar o interplanetario... algo absolutamente más allá de la imaginación del siglo XIX. Ni que decir tiene que con el tiempo esto se ha convertido casi en estándar de la *space opera*. Pero sepamos que la conceptualización primera se la debemos a Serviss.

Cuarto, la minería de asteroides. Los marcianos usan como mina un asteroide con una órbita que se aproxima periódicamente a Marte, pues resulta que está compuesto casi íntegramente por oro. Ésta es, y he contrastado esto con historiadores de la ciencia ficción, la primera mención de todos los tiempos a la minería de asteroides. Algo más alejado conceptualmente, en 1908 Verne publicaría póstumamente *La caza del meteoro*, en la que un asteroide es forzado a caer a la Tierra para ser explotado como mineral. La idea de explotación espacial de un asteroide en sí, probablemente, no vuelve a aparecer hasta 1932, con Clifford D. Simak y su historia *El asteroide de oro*. En parecido orden de asuntos, el propio Serviss vuelve al tema de la minería en otros astros con su *novelette* *El metal de la Luna*, en la que el «artemísio», un metal lunar, es explotado de manera peculiar.

Quinto, la comida «comprimida». La obtienen los protagonistas de unos depósitos militares marcianos. Quizá es la misma que habrían empleado para sobrevivir en la Tierra cuando trataron de conquistarla. Es la primera referencia, según mis conocimientos, de algo similar en la literatura para mantener alimentado al ser humano en el espacio o durante una larga campaña militar, pero no estoy seguro y admito contraejemplos. Quizá el mejor pudiera provenir de un relato de Edward Page Mitchell, titulado *La hija del senador* (1879), donde menciona una pastilla que contiene todos los nutrientes precisos para la vida, aunque en un contexto diferente. Desde luego, con la carrera espacial e incluso más todavía hoy, con la moderna obsesión con la nutrición, la idea de un alimento artificial nutritivo y compacto ha ganado popularidad. La ciencia ficción ha tendido a mostrar una especie de comida en pastillas, mientras que la vida real se ha orientado a comida deshidratada, liofilizada o complementos multivitamínicos. Serviss también idea unas peculiares «pastillas de aire», que usa el marciano poder sobrevivir en el vacío, que no tuvieron la misma fortuna de calar en el imaginario colectivo, acaso por ser un problema fácil de resolver con las clásicas botellas de aire comprimido, ya conocidas en el siglo XIX y que, por cierto, también aparecen en la novela.

Sexto, la teoría de los astronautas de la Antigüedad. A partir de que en 1968 el suizo Erich von Däniken (1935-) publicara sus libros *Recuerdos del futuro* (1968) y *¿Carrozas de los dioses?* (1969) y otros muchos que los

siguieron, esta descabellada teoría se hizo muy popular. Según ella, fueron extraterrestres quienes erigieron Stonehenge, trazaron las líneas de Nazca y, por supuesto, levantaron las Pirámides egipcias, las mayas y hasta los formidables moáis de Isla de Pascua. Una teoría que, por cierto, desprecia mucho a nuestros antepasados y a otras razas, prejuzgándolos como poco menos que unos incapaces sin ingenio. Y los teóricos de esta farfulla no la plantean como ejercicio de especulación ni como una apelación al sentido de la maravilla, sino que lo creen realmente, o aparentan hacerlo, aunque nunca se haya encontrado ni una sola prueba y ni un solo artefacto. Estas corrientes esotéricas tienen un exponente hispano, J. J. Benítez (1946-), con el que el lector en español quizá esté familiarizado. Serviss es el primer autor, sin duda alguna y con setenta años de antelación, en usar el concepto de que visitantes alienígenas en la Edad Antigua construyeran grandes obras, en este caso las Pirámides. Es difícil averiguar con qué ánimo usa Serviss esta idea, ¿un estímulo a la imaginación, un juego divertido, una propuesta seria? Y Serviss no se queda en eso y da un giro de tuerca más, casi hilarante, puesto que el modelo de la Gran Esfinge resultaría ser... ¡el propio emperador marciano!

Séptimo, las abducciones por extraterrestres. En *Edison conquista Marte*, una buena cantidad de humanos son secuestrados de la Tierra para ser conducidos en naves espaciales a Marte como esclavos, inaugurando así, en toda regla, el concepto de abducción extraterrestre. Esta idea no vuelve a encontrarse hasta bien entrado el siglo XX, con el despertar del fenómeno OVNI, cuando empiezan a denunciarse abducciones por alienígenas, a menudo contadas en primera persona como hechos reales. El supuesto fin de estas abducciones sería examinar humanos con tecnologías desconocidas, entregar “anuncios” a la humanidad acerca de los peligros de la guerra fría o sobre cualquier cuestión de carácter moral o, más raramente, esclavizar personas (de forma sexual, en general). Tanto en la literatura como en la realidad, los captores se presentan en ocasiones como unos alienígenas fríos y distantes y en otras como alienígenas empáticos y sensibles. Estos encuentros, por lo general, cambian para siempre la vida y filosofía del abducido. Sobre este concepto en la literatura, francamente, no he conseguido nada que ni se acerque hasta décadas después, aunque reconozco mis grandes lagunas en la materia. Quizá el siguiente ejemplo asimilable, de una u otra forma, pudiera ser la la fabulosa novela *Hacedor de estrellas* (1937) de Olaf Stapledon (1886-1950) (Ediciones El Cilindro, Clásicos de la Ciencia Ficción 04), en la que el protagonista y narrador es

conducido por una inteligencia extraterrestre a dar un paseo por el Cosmos, trastocando su manera de contemplar a la humanidad y su relación con el universo.

La suma de estos siete ingredientes (y bastaría con que sólo hubiera uno o dos) hace que la desconocida y olvidada novela *Edison conquista Marte* fuese en su tiempo, y aún lo sea, un hito de la ciencia ficción, se mire como se mire.

¿Pegas de esta novela? ¡Algunas! Cualquiera que la haya leído nota que la narración avanza a trompicones, con algunas incoherencias e incongruencias. Deja tramas secundarias olvidadas, aunque esto también sucede en algunas novelas modernas y en muchas series de TV. El marciano cautivo, mire usted, se nos murió y casi se me olvida contarle. Los muertos, pese a ser la mitad de la expedición, no tienen nombre, todos los personajes explícitos sobreviven, aunque ¿qué fue de Roentgen? ¿Cómo es que Edison se inspira para crear sistema de propulsión en las naves marcianas, si éstas se propulsan torpemente a cañonazos? ¿Cómo es posible que en Marte los océanos estén más altos que los continentes? Como raza alienígena los marcianos dejan mucho que desear: son tan solo unos humanos a mayor escala y cráneos amorfos... una notable falta de imaginación, con la que sí nos había encandilado Wells, y en Ceres son iguales, sólo que aún más grandes... bastante decepcionante. Todos los víveres de a bordo se han arruinado... pero al jefe de logística se le ha olvidado comentar este pequeño detalle. Antes de la operación de sabotaje de las compuertas sólo descienden a la superficie en una ocasión, casualmente en el edificio donde se encuentra la única superviviente en todo Marte de la antigua raza humana y que ¡caramba! es un almacén de provisiones. En la instalación clave de la ingeniería marciana, la piedra angular de su sistema de canales, hay exactamente cinco empleados, entre operadores y guardias... he visto ferreterías con más personal. Una joven esclava conoce la organización de las defensas marcianas, planea estrategias, identifica desde el aire infraestructuras y palacios imperiales... pero se desmaya con facilidad. La descripción de las escenas de acción es rígida... hace falta motivación personal para sentir el fragor de las batallas. Los diálogos son pobres, como impostados, poco fluidos. La historia de amor que discurre en segundo plano, que ya presagia las tramas secundarias del *pulp* es, francamente, poco creíble. ¿En serio en mitad de la operación clave los dos galanes se disputan quien cede el paso a la dama?

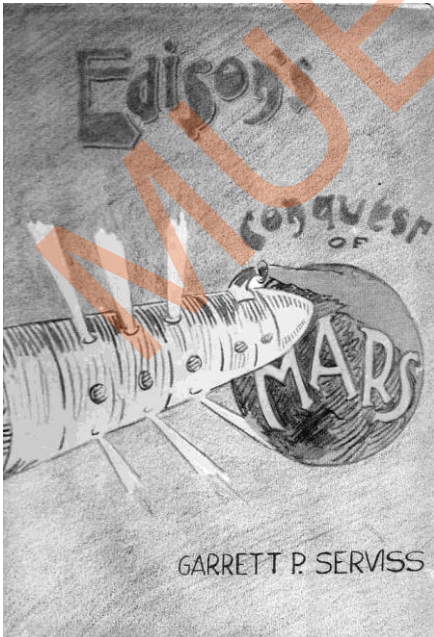
La novela fue originalmente publicada en el periódico *The New York Evening Journal* en veinticinco entregas, entre el 12 de enero y el 10 de

febrero de 1898. Cada entrega contenía una o dos ilustraciones, a cargo de distintos artistas de cabecera del periódico. Poco después se publicaría en otro periódico, *Los Angeles Herald*, en diez entregas, entre el 6 de febrero y el 10 de abril de 1898. Notablemente, esta segunda edición se hizo con otras ilustraciones (algunas de mejor calidad, en mi opinión).

Era una forma de publicación muy habitual en la época, igual que más tarde lo serían las revistas *pulp*, después los libros de bolsillo y, hoy, las trilogías. El original es fabuloso: fascina disfrutar de la maquetación de la época, de los anuncios publicitarios decimonónicos, de las ilustraciones y de otros artículos en la misma gigante página. He recopilado y montado las 25 páginas de periódico que contenían la edición original en un archivo PDF (83 Mb), al que se puede acceder con este código QR o desde la web de El Cilindro.



La novela *Edison's conquest of Mars* permaneció olvidada hasta que, en 1947, Arthur Langley Searles (1920-2009), un estudioso de la ciencia ficción y editor de la revista *Fantasy Commentator*, rescata la obra buceando en los registros de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos (que es un formidable archivo cuidadosamente reunido, por cierto; nada que tengamos



en los países de habla hispana es comparable con la Biblioteca del Congreso). La edita en tapa dura con el sello Carcosa House, una editorial de vuelo corto. Selecciona cuidadosamente las ilustraciones y les da cierto tratamiento. Como la edición original para periódico no estaba dividida en capítulos, sino en «escenas», hace su propia división de la obra en dieciocho capítulos, poniéndoles a cada uno un título que evoca algún suceso del final, lo que no deja de ser un criterio curioso. Carcosa House tira tan solo 1500 ejemplares, numerados. Yo soy el orgulloso pro-

pietario de uno de ellos. La cubierta (imagen), ciertamente, tiene algo de *kitsch*... lo que la hacía especialmente deseable para mis estantes.

Desde entonces esta novela se ha editado numerosas veces, en alguna ocasión en combinación con *La Guerra de los Mundos*. En ocasiones con modificaciones en el título, como *La invasión de Marte* o similares. En 2011 se tradujo al alemán. Por fin, en 2021, se traduce al español.

En la presente edición he empleado todas las imágenes de la versión original del *The New York Evening Journal*. Aunque no es mi fuerte (casi nada lo es), les he dado un mínimo tratamiento, pues algunas están algo deterioradas. El texto en el que he basado la traducción es la recopilación de Searles de 1947, con algunas correcciones tomadas del original. Igualmente, he mantenido la división en dieciocho capítulos de Searles. He incluido algunas (bastantes) notas breves a pie de página que pueden interesar al lector y ambientar la lectura, pero que muy bien son prescindibles, pudiéndose leer la novela de corrido sin consultarlas. Aunque las recomiendo, pues quiero pensar que son pertinentes.

Y, para cualquier comentario, estoy siempre disponible y soy fácil de encontrar. Todo se mejora y mi intención sería sacar con el tiempo sucesivas ediciones revisadas.

Hay más información sobre la novela en la página web del editor (www.elcilindro.com).

SERVISS, HONESTO Y CON LEVITA

por Rubene Guirauta

La humanidad ha probado dos caminos hacia la paz -el camino poco fiable de la política y el camino del fanatismo religioso- y los ha encontrado igualmente equivocados. Quizá ahora pruebe el tercero, el camino de la verdad científica, el único camino en el que no se engaña al pasajero. La ciencia no esconde la cabeza ante los peligros y las dificultades, intenta verlo todo exactamente como es.

Garrett P. Serviss



GARRETT P. SERVISS, ENTRE CUYOS ESCRITOS SE ENCUENTRAN LAS PRIMERAS novelas de ciencia ficción de la historia de la literatura, quien inventó la divulgación científica moderna, una persona íntegra, honesta, cabal, un visionario y un soñador es también un autor olvidado. ¿Se imaginan que dentro de veinte o treinta años ya apenas recordemos a Carl Sagan (1934-1996)? Pues, sin duda, tal cosa sucederá, sin atisbo de duda, porque a Garrett P. Serviss (1851-1929), su homólogo ochenta años antes, le ha ocurrido.

Serviss escribió el *Cosmos* y el *Contacto* de su época. Fue muy reconocido como escritor, divulgador y, también, como astrónomo y periodista. Sin embargo, es un autor muy olvidado en los países de habla inglesa y olvidado casi del todo en los países de habla hispana. Tanto que no fue traducido al español hasta 2021 (exceptuando una rara edición de 1914 de una novela sobre aviación).

Algo mayor que H.G. Wells y algo menor que Jules Verne (al que admiró profundamente), fue el primer escritor en introducir conceptos



que luego se volverían o clásicos de la ciencia ficción o impactantes realidades como los rayos desintegradores, la extracción de energía del uranio, los trajes espaciales, los combates de astronaves, las Naciones Unidas, los metales exóticos, la minería de asteroides, las abducciones extraterrestres y las visitas de extraterrestres en la Antigüedad. Publicó, además de cientos de textos sobre astronomía y ciencia en general, cinco novelas de ciencia ficción: *Edison conquista Marte*, *El metal de la Luna*, *Un pionero del espacio*, *El Segundo Diluvio* y *La Dama de la Luna*. Fue, además, un entusiasta de la aviación antes de que ésta existiera, a cuyos primeros pasos pudo asistir conmovido, y a la que dedicó una sexta novela, *Un pirata del aire*.

Garrett Putman Serviss nace el 24 de marzo en 1851 en Sharon Springs, en el interior rural del estado de Nueva York, en el seno de una familia que remonta sus orígenes por los tempranos colonizadores de Nueva Inglaterra, al menos hasta 1690. Le ponen ese nombre en honor a su bisabuelo, el capitán Garrett Putman, veterano de la Guerra de Independencia estadounidense. Una familia muy *yankee*, lo que se imprimiría en su carácter.

Desde niño demuestra interés en la astronomía, un interés espoleado, al parecer, por un pequeño telescopio que le regala uno de sus hermanos



mayores (otro ejemplo más de la gran importancia de sembrar de inquietudes las mentes de los niños). Queda fascinado al contemplar los satélites galileanos y lee sin parar sobre astronomía y, en general, sobre todo lo que le cae en las manos. Tras su educación primaria y secundaria en la escuela de Johnstown, asiste a la cercana Universidad de Cornell (en Ithaca, Nueva York) desde otoño de 1868. Ése es el año inaugural de

esa universidad, hoy muy prestigiosa y precisamente en la que un siglo después enseñaría Carl Sagan. Allí se gradúa en ciencias en 1872, como primero de su promoción. Participa, además, en numerosas actividades extraescolares, tan apreciadas en los Estados Unidos y tan poco en el mundo hispano. Destaca como miembro de la Sociedad de Literatura Adelphi. Esta asociación tiene como fines, además de leer y comentar literatura, desarrollar la capacidad de oratoria. Es una sociedad secreta, así que podemos imaginar al joven Serviss en una especie de versión decimonónica del *Club de los Poetas Muertos* en un enorme, rústico, novelesco y fabuloso campus de estilo victoriano.

Prosigue sus estudios en la Universidad de Columbia (ya en la ciudad de Nueva York) graduándose en leyes en 1874. Aunque llega a colegiarse como abogado, el mundo del derecho pierde con él un buen activo, pues nunca llega a trabajar en leyes y prefiere dedicarse al periodismo, la astronomía, la divulgación y la literatura.

Desde 1874 ya colabora como corresponsal para el *New York Tribune*. En 1876 comienza a trabajar formalmente en *The Sun*, un periódico que se editó entre 1833 y 1950 y es considerado uno de los grandes periódicos de Nueva York, junto al *New York Times* y el *New York Herald Tribune*. En *The Sun* desempeña diversos cargos de responsabilidad, llegando con el tiempo a editor de la edición vespertina, puesto en que permanece diez años. Pero en lo que más destaca es como escritor de las columnas sobre ciencia del periódico, en particular sobre astronomía, que se hacen célebres entre los lectores por su estilo claro y didáctico y por un enfoque nuevo sobre la divulgación que pronto imitan otros articulistas. También datan de esta época sus primeras conferencias sobre temas de actualidad de la ciencia, que empieza a dictar en Nueva York y alrededores. En 1892 renuncia a su puesto en el periódico para poder dedicarse a la astronomía, la divulgación y para relanzar su carrera de conferenciante. Le anima mucho la oferta de Andrew Carnegie para protagonizar *The Urania Lectures* (Las Conferencias de Urania), oferta que



acepta. Andrew Carnegie (1835-1919) es un excéntrico filántropo escocés vuelto millonario con la metalurgia y que parece surgido de una novela del siglo XIX. Serviss recorre Estados Unidos pronunciando conferencias apoyado con medios audiovisuales muy sofisticados para su época, como las linternas mágicas, aparatos eléctricos y mecánicos, decorados y todo lo que la tecnología del momento ofrecía, cubriendo los temas más variados, desde astronomía a geología. En particular protagoniza tres giras, cada una de casi un año de duración: «Un viaje a la Luna», «Del caos al ser humano» y «Maravillas de América». Renuncia, al parecer, por la fatiga y la complicación de viajar como un artista pop contemporáneo con una cantidad inmensa de decorados, *atrezzo* y maquinaria. Pero sigue siendo un conferenciante muy demandado y hace de ello casi una profesión. Gustan su cálida voz, el genuino entusiasmo por las materias que trata y su capacidad didáctica. «Hazte amigo —decía— de la Estrella Polar, Sirio, Arturo, Vega, Spica y Rigel y ellas estarán siempre contigo en tu deambular por el mundo. Nunca quedarás solo y sin amigos.»

Ya en 1888 aparece su primer libro de divulgación, *Astronomía con binoculares*. Durante su carrera entremezcla ficción y no ficción, aunque la última predomina. Algunas de sus obras de divulgación más conocidas son, además de la mencionada: *Los dominios del telescopio* (1901), *Otros mundos* (1902), *La Luna* (1907), *Astronomía con el ojo desnudo* (1908), *Curiosidades del espacio* (1909), *Siguiendo las estrellas por el año* (1910), *Astronomía en una cáscara de nuez* (1912), *Elocuencia* (1912) (sobre cómo hablar en público). Además, es el editor jefe de la *Biblioteca Popular de la Ciencia* (16 volúmenes), publicada en 1915.



Sigue escribiendo y publicando hasta el final. De hecho, en 1923, ya pasada una edad habitual para jubilarse, escribe un libro divulgativo y el guion de un documental (mudo, claro, lo que da una capa adicional de dificultad a la tarea) de una materia nada sencilla, que demanda una profundidad mental y una apertura de ideas poco habitual entre gente de edad. Se titula *La Teoría de la Relatividad de Einstein*, y desarrolla para el

público, de forma visual, tan novedoso y abstracto tema. Él cree, y quizá tiene razón, que la ciencia es algo al alcance de la mano de cualquiera. «El tan mencionado método científico —escribe Serviss, ya en su madurez— no es, después de todo, nada más que el método del sentido común, aplicado cuidadosa y sistemáticamente por mentes disciplinadas para ser eficientes».

Mientras tanto, entre libro y libro, nunca cesa de publicar artículos y columnas sobre ciencia en docenas de diferentes periódicos del país. Mantiene lo que se conoce como un acuerdo sindicado con *King Features Syndicate*, de forma que el mismo artículo se publica en muchos periódicos y momentos diferentes a lo largo del país, lo que lo hace enormemente popular. Así, incluso durante algunos meses tras su muerte, seguirán publicándose sus columnas y artículos. Escribe sobre todos los temas imaginables, científicos y sociales, con una amplitud de miras sorprendente. He conseguido tan solo una pequeña fracción de sus columnas, y en ellas trata temas tan variados como la estructura atómica, la población en el mundo, la dinámica solar y su influencia en nuestra vida, los insectos, el campo magnético, los cometas, las fosas oceánicas, el mito frente a la ciencia, el telescopio, los derechos de la mujer, el sonido, el sueño, las mujeres astrónomas, los dinosaurios, infraestructuras del agua, el automóvil, las pensiones de los políticos, un avión cruza por primera vez los Pirineos, el volapük, la Antártida, ¿cómo funcionan los ojos?, el arte rupestre, la telefonía móvil (¡en 1913!), cosmogonía, náutica, el cerebro, la gravitación, el caballo... Es un Isaac Asimov (1920-1992)... cincuenta años antes de Asimov.

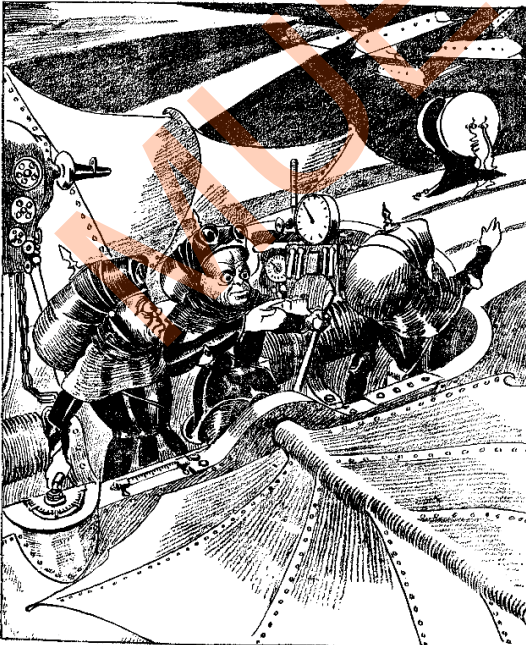
Además de en periódicos, escribe en revistas, generales o especializadas en ciencia: *The Cosmopolitan*, *Outlook*, *Popular Science Monthly*, *The Scientific American*, *Harper's Weekly*, *The Chautauquan*, *Nature Magazine*, *The Mentor*... También es asiduo de *The Monthly Evening Sky Map*, un almanaque astronómico editado por su amigo Leon Barritt (1852-1938). Junto a él, también, inventa, patenta y comercializa el *Barritt-Serviss Star and Planet Finder*, un planisferio giratorio, hecho en cartón o madera, que permite localizar en cada época y hora, los principales astros, que se sigue vendiendo durante décadas (yo mismo, de niño, tuve uno). En total, acumula cincuenta años de apasionada divulgación científica. «El universo —dice— está para que todos lo veamos. No se necesitan observatorios, instrumentos ni matemáticas para que cualquiera disfrute del ennoblecedor y edificante placer que da la contemplación de las estrellas y constelaciones que pasan cada noche sobre nuestras cabezas. Sólo hace falta mirar.»

De su época en el *Sun* mantiene contacto con Edward Page Mitchell (1852-1927), pionero tanto en escribir ciencia ficción como en editarla, Él le anima a escribir, además de divulgación, también ficción. Serviss admira profundamente a Jules Verne, tanto que le acabaría dedicando *Un pionero del espacio* y, en *El Segundo Diluvio*, usaría su nombre para bautizar a un submarino. Sabe que no puede llegar tan lejos como el francés, pero, aun así, Serviss acepta el reto que le lanza Mitchell.

Sus obras de ficción se caracterizarían por una gran imaginación, la obsesión por la exploración del Sistema Solar y el constante intento de inducir el sentido de la maravilla en el lector. Todo dominado siempre por una base científica o por algún tipo de explicación lógica, aunque fuera traída por los pelos, en lo que recuerda al muy posterior Arthur C. Clarke (1917-2008). En uno de los obituarios escritos en las siguientes semanas a su muerte Clyde Fisher dice de él: «La imaginación inspiraba su escritura, aunque la gobernaba con el rigor. Amaba la belleza y la verdad, y las llevaba por bandera como el profesor nato que era». La verdad es que no le va mal. Según dice Everett F. Bleiler en *Science Fiction: The early years*, Serviss es lo más cercano a un escritor que viviera de la ciencia ficción que tuvo Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX.

En 1898 publica *Edison conquista Marte* (*Edison's Conquest of Mars*), aventura claramente precursora del *pulp* y de la *space opera*, continuación (tal

vez un poco oportunista, a qué negarlo), de la célebre novela de H.G. Wells *La guerra de los mundos*. En ella la Humanidad, tras sobrevivir por los pelos a la invasión marciana, temerosa de una segunda invasión, decide que la mejor defensa ha de ser un buen ataque. Las naciones unidas (décadas antes de que se concibiera la Sociedad de Naciones, por no hablar de la ONU) encargan a Edison la tarea. El inventor desarrolla naves espaciales, de-



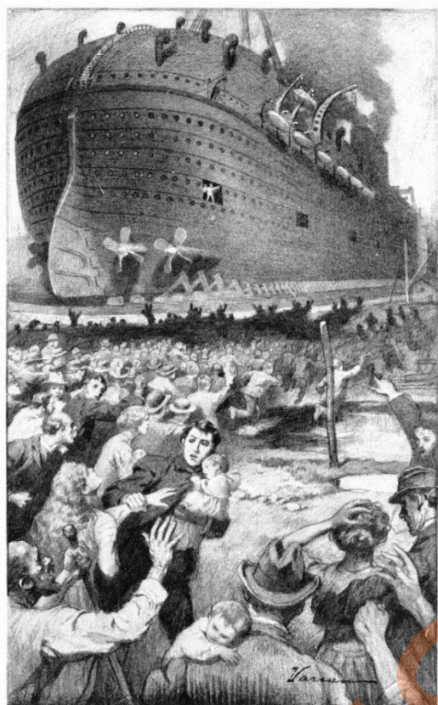
sintegradores, trajes espaciales y otra parafernalia nunca descrita hasta entonces en la literatura y encabeza el ataque. El autor aprovecha para pasearnos por la Luna, hacernos sentir el vértigo de un paseo espacial y describirnos la geografía de Marte (tal y como se conocía entonces, naturalmente). Traducida al español en 2021.

En 1900 publica *El Metal de la Luna* (*The Moon metal*), una *novelette* entretenida y especulativa construida sobre un dilema económico. El descubrimiento de enormes recursos de oro en la Antártida hace que el patrón oro se deprecie poniendo en peligro la economía mundial. El doctor Syx tiene una solución, pues posee una mina secreta de «artemiso», un metal precioso y escaso, que rápidamente reemplaza al oro en sus funciones como patrón monetario y de reserva internacional. Pero Syx no es trigo limpio y los protagonistas terminarán desenmascarándolo, exponiendo sus secretos. Esta historia se publica directamente en formato libro, lo cual era poco habitual entonces (yo soy, por cierto, el orgulloso propietario de un ejemplar de la tirada original). Traducida al español en 2021.

En 1909 publica *Un pionero del espacio* (*A Columbus of Space*). En él, mediante un cohete impulsado por la radioactividad del uranio (sí, cuatro décadas antes de que alguien pudiera ni imaginar usos pacíficos para la energía nuclear) un excéntrico, Edmund Stonewall, embauca a cuatro compañeros en un viaje a Venus, donde encuentran civilizaciones extraterrestres, tanto en la supuesta cara oscura como en la iluminada (se cree aún en aquel tiempo que Venus muestra siempre la misma cara al Sol), lo que incluirá, también, una hermosa historia de amor extraterrestre. Inédita en español, se espera su traducción para 2024.

En el mismo año sale *A sky pirate*, que es la única obra de Serviss que se tradujo al español en el siglo XX, como *Un pirata del aire*, en la colección *Alrededor del mundo*, en 1914. Se trata de una novela especulativa de aviación, ambientada en el futuro... en 1936. Un moderno pirata aviador, el capitán Alfonso Payton, secuestra a la hija de un millonario.

En 1911 publica *El Segundo Diluvio* (*The Second Deluge*), en el cual un protagonista totalmente vernesiano, Cosmo Versál, astrónomo y emprendedor, predice correctamente que la Tierra atravesará en su órbita una enorme nebulosa compuesta por agua, lo que provocará sobre el planeta unas inundaciones tales que sumergirán los continentes. Cosmo Versál construye y equipa un Arca capaz de capear semejante temporal, rescatando los tesoros de la humanidad que puede reunir, embarcando animales como un Noé moderno e invitando al mundo incrédulo a unirse a él. Traducida al español en 2022.



En 1915 publica *La Doncella de la Luna* (*The Moon Maiden*), tal vez la más floja de sus obras. Smith, un astrónomo aficionado, encuentra pruebas de la que la Luna está habitada, pero no puede demostrarlo, ya que las lentes que ha diseñado se rompen cuando va a presentar su descubrimiento. Quizá para compensarle, una habitante de la Luna se le aparece y acaban viviendo una historia de amor ajetreada. Se desvela la forma en que los seletinos han influido durante milenios sobre la humanidad (lo cual recuerda al concepto de *2001 Una odisea en el espacio*). Inédita en español.

Su vida personal es, sospecho, muy dura. En 1906 muere su primera esposa, Eleanore Betts. En 1907 muere su único hijo natural, a unos tempranísimos 26 años, poco tiempo después de haber sido medallista olímpico y de graduarse en la Universidad de Cornell. «*To Garrett P. Serviss Junior, untimely dead at Ithaca, N.Y., 23rd December 1907*» le dedica al año siguiente, austero, en *Astronomía con el ojo desnudo*. No es atípico. Hasta la aparición de los antibióticos la vida es terrible y muchos encuentran la muerte en sus mejores años. Casa en segundas nupcias con una viuda francesa, Henriette Gros Gatier y, así, le sobreviven por lo menos dos hijastros, aunque el desapego parece contribuir a que tras su muerte, en lugar de tener la Fundación con su nombre que hubiera merecido, vaya siendo olvidado. Estuvo establecido en Brooklyn, donde se desempeña también como jefe del departamento de astronomía del Brooklyn Institute y luego en Tenafly (Nueva Jersey), al borde de las Palisades, muy cerca de su querido Nueva York. A menudo veranea y pasa largas temporadas en Francia.

Siempre que puede, infatigable, viaja por América y por Europa. Recordemos que es una época en la que viajar es caro, complicado e incómodo, una época de barcos, ferrocarriles de vapor y coches de caballos. Disfruta de la naturaleza y, con fruición, de las antigüedades y ruinas de

Europa, como todo buen yanqui que se precia. Pero le fascinan, lo que más, las montañas. Guarda una gran afición por el alpinismo, que apenas empieza a desarrollarse en aquella época. En sus escritos de astronomía habla fascinado de la bóveda celeste tal y como la ve desde la cima del Etna (3357m). En *El metal de la Luna su alter ego* escala el entonces inaccesible Grand Teton (4197m), montaña de belleza hipnótica, cercana a Yellowstone. En *El Segundo Diluvio* su personaje más querido pone el pie en el Everest (8848m), cincuenta años antes de que fuera conquistado en la vida real. Ascende en 1894, no con la pluma sino con cuerda y piolet, el hito del montañismo del momento, que era el Matterhorn o Cervino (4478 m). Una escalada durísima hoy y mortal entonces, inexpugnable hasta tan solo treinta años antes y en la que muchísimos dejan la vida. «Me han preguntado muchas veces —dice— si la vista desde la cima del Matterhorn le compensa a uno el esfuerzo de escalarlo. No, no lo hace. Algunos de mis amigos parecen creer que estoy pensando en instalar un observatorio en la cima de la montaña. Pero sería inútil, pues el tipo de atmósfera de los Alpes no es la que requiere un astrónomo. En todo caso nunca tuve un propósito. ¿No sabéis que hay muchas cosas que merecen hacerse sólo por hacerse?». Escribe artículos, reseñas y pequeñas guías sobre los Alpes, entre ellas una guía ilustrada de escalada del Mont Blanc.

Tiene ya una edad avanzada para la época: 78 años. No espera la muerte aún, acaso porque quienes siempre andamos en nuevos proyectos nunca la esperamos. En abril de 1929, pesaroso, escribe una carta al Club Amateur de Astronomía, del que es miembro honorario, lamentándose por tener que aplazar, por tajantes órdenes de su médico, una conferencia que iba a dictar. Insinúa futuras fechas para la charla... pero la muerte le espera en Isfahán. Muere el 25 de mayo de 1929 en el hospital Englewood (Nueva Jersey), por una meningitis sobrevenida tras una operación de mastoiditis.

Serviss es un autor casi totalmente desconocido para el lector en español, pues hasta 2021 no había sido traducido (excepción hecha de la meritoria traducción de su novela sobre aviación en 1914). Las escasas referencias que he encontrado escritas en español a la obra de G.P.Serviss, se deben al divulgador Manuel Rodríguez Yagüe y al escritor Sergio Mars.

No creo que exagere al situar a Garrett P. Serviss como un Carl Sagan de su tiempo o como un igual a otros pioneros de la ciencia ficción decimonónica: Jules Verne, H.G. Wells, Camille Flammarion, Edward Page Mitchell, Mary Shelley y otros de los que, seguro, me olvido, igual que otros se olvidaron de Serviss. Pero lo cierto es que, sea un grande o un no

tan grande, ha sido injustamente olvidado y el hecho de que su obra casi no se haya traducido al español, ni por curiosidad ni por completitud, lo ilustra muy bien.

Personalmente me he propuesto dar a conocer a Garrett P. Serviss al lector en español. ¿Por qué? Porque es un autor notable, honesto, pionero, *hard*, vestido con levita e injustamente olvidado. Una tarea complicada. Serviss queda muy lejos de las corrientes actuales de la ciencia ficción (recuerden, Serviss es honesto y con levita).

En todo caso, y esto creo que habla bien de mi juicio, no me quedo yo solo entre sus admiradores, pues tuvo partidarios encendidos. El mismo H.P. Lovecraft, hoy tan merecidamente de moda y firmemente reivindicado, dijo sobre él en 1914: «He leído todos los trabajos publicados por Garrett P. Serviss, poseo la mayor parte de ellos y espero sus futuros escritos con impaciencia». Eso sí que es un halago. Y no halaga quien quiere, halaga quien puede.

COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN

Editados:

- | | |
|----------------------------|--------------|
| 01. El metal de la Luna | G.P. Serviss |
| 02. Edison conquista Marte | G.P. Serviss |
| 03. El Segundo Diluvio | G.P. Serviss |

Próxima aparición:

- | | |
|--------------------------|----------------|
| 04. Hacedor de Estrellas | Olaf Stapledon |
| 05. Entre dos planetas | Kurd Lasswitz |

Planeados:

- | | |
|----------------------------|--------------------|
| 06. Un pionero del espacio | G.P. Serviss |
| 07. Muerte tornándose vida | Olaf Stapledon |
| 08. Lumen | Camille Flammarion |

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com